

# LA LECTURA PARA TODOS.

## SEMANARIO ILUSTRADO.

### NOVELAS, VIAJES, LITERATURA, HISTORIA, ETC., ETC.

**PRECIOS : EN MADRID,**  
LLEVADO A DOMICILIO.

Tres meses. . . . .	8 reales.
Seis meses. . . . .	15 »
Un año. . . . .	28 »

Se suscribe en Madrid en la administracion, libreria extranjera y nacional de D. Carlos Bailly-Bailliere, librero de cámara de SS. MM. y de la Universidad central, calle del Príncipe, núm. 11.  
En Provincias en todas las librerías y administraciones de Correos.

**PRECIOS : EN PROVINCIAS,**  
FRANCO DE PORTE.

Tres meses. . . . .	12 reales.
Seis meses. . . . .	21 »
Un año. . . . .	38 »



—¿Sois vos M. Marx?..... Estamos encargados de llevaros preso por deudas.  
—¡Por piedad! Silencio! dijo Marx..... (pág. 275, columna 1.ª)

### PRECIOSA.

LEYENDA

POR J. T. DE SAINT-GERMAIN,

AUTOR DE LA LEYENDA DEL ALFILER.

«Hemos visto el egoismo que mata : hé aquí el amor que salva.»

TRADUCIDA DEL FRANCÉS

Por D. RAFAEL MEJIA.

(Continuacion.—Véase el n.º 47).

V.

GRAZIELLA.

De dónde procede esta pobre criatura que en el estado de languidez encontramos bajo los plácanos del convento, y á quien hemos dejado mas consolada en manos de la amable Preciosa, su

nueva madre? ¿Será necesario referir su triste historia? Es la historia siempre igual de la desgracia, es el fruto caido antes de llegar el otoño, es la flor que se marchita antes de haber terminado el dia.

En otro tiempo, no obstante, era una hermosa niña, fresca, alegre, bondadosa y servicial; era la alegría y la esperanza de la casa. ¿Qué huracan ha podido destrozár esta pobre rosa en edad tan temprana?

Si hubierais entrado hace algunos años en el modesto taller de Marx el estatuario, hubierais podido ver una cosa que es rara en el mundo, hubierais conocido gentes que vivian felices.

Cuán grato es para mí penetrar en esos santuarios del arte, respirar el aire húmedo y fresco del taller, asistir al primer trabajo del genio creador, ver, tocar con mis manos el tosco barro que, bajo la mano poderosa del artista, tomará una forma, ó mas bien, espresará un gran pensamiento; interrogar aquellos ensayos informes, los unos abandonados, conservados con esmero los otros; examinar los proyectos mas minuciosos, los finos

modelados de barro cocido, los adornos privilegiados debajo de vasos de trasparente vidrio, las graciosas estatuas en pequeño, las blancas fantasmás de yeso, última espresion de la voluntad del artista, y por último, los informes trozos de mármol, cuya profundidad sondea el estatuario de una mirada, y concluye por decir: ¡Será un dios!

Todavía me detengo delante del mecánico vigoroso que desbarata y hace saltar con esfuerzo los pedazos de mármol para ir desarrollando, y por último, dejar descubierta la figura ideal que se oculta en el fondo del informe pedazo de roca. Por último, me detengo á interrogar la frente pensadora del artista que dá la última mano á su creacion, que dá vida á la materia y perfecciona con entusiasmo las graciosas formas de su obra.

¿Dónde encontraremos un asilo mas digno de envidia, en el que son desconocidas las vulgaridades de la vida, el afan de los negocios, y hasta los fútiles asuntos que tanto llaman la atencion del mundo? ¿Cuántas veces en aquel tranquilo recinto se olvida uno de sí mismo abismado en,

la contemplación del arte y de los tiernos transportes de una familiaridad muy común á los artistas, ó bien sumido en dulce meditacion sobre el bien, la belleza y la verdad! Esto puede llamarse vivir.

Era, por lo tanto, feliz Marx el estatuario, cuando hallándose aun joven y vigoroso, rodeado de su mujer, de su hija y de algunos amigos sinceros, orgulloso por el buen éxito de sus primeros trabajos, y animado de una inspiracion creadora, modelaba la húmeda tierra cantando y soñando en el porvenir; ó bien cuando, asida la mano de su mujer, colocaba sobre sus rodillas á su pequeña Graziella, entonces tan habladora é inteligente. ¡Dias hermosos, pero por desgracia demasiado cortos! Pero así como el almendro que ofrece á los primeros besos del sol los nacientes botones de sus rosadas flores, ve deshojarse su brillante corona al primer soplo del cierzo del mes de abril, del mismo modo basta el mas pequeño obstáculo para echar por tierra, y aun destruir enteramente, las esperanzas del artista.

¡Es necesario vivir! Palabra cruel que saca de su éstasis á los espíritus perdidos en el espacio, que sumerge en un profundo sueño al alma naturalmente expansiva, y que nos encierra en el férreo círculo de la realidad. — ¡Es necesario vivir! ¿Y qué escultor podrá sacar de las entrañas del mármol, el pan para su sustento?

De todas las artes y oficios, apenas se encontrará una que ofrezca dificultades tan insuperables, é imponga al mismo tiempo los mas rudos trabajos. El poeta con solo su pluma, y el pintor con su lápiz, puede expresar una idea grandiosa, y aun sacar á luz obras maestras.... ¡Pero el escultor!.... Después de muchos años de estudio y de haber adquirido los conocimientos especiales, para empezar su ingrata carrera, necesita un espacioso y bien acondicionado local; tiene que amasar la húmeda tierra como si fuera un simple albañil, y labrar la piedra como un cantero.

Y si por fin ha logrado el artista modelar una figura que traduce con exactitud su pensamiento, tiene que comprar el mármol á peso de oro; á precio de oro tiene tambien que pagar al práctico que desbasta la piedra bajo la direccion del maestro; es necesario que pase bastantes dias y noches en trabajos gigantescos, y por último, su obra debe estar dispuesta de modo que pueda girar sobre un eje y agrandar en todas sus posiciones, mientras que el poeta solo nos refiere de sus héroes aquello que mejor le parece, en tanto que solo vemos un lado de la obra del pintor.

Y luego, cuando todo está terminado, cuando llega el gran dia en que el artista trata de presentar su obra, ¡cuánto no debe temerlo todo, desde la indiferencia del público hasta la ironía ó la crueldad de un crítico desconocido que de una pluma puede pulverizar una estatua de mármol, y lo que todavía es peor, el silencio que causa al artista una muerte todavía mas amarga!

¡Con cuánto amor no habia acariciado Marx su encantadora creacion de *Graziella*, inspirado por una de las mas poéticas narraciones de Lamartine! Tal vez pudiera decirse que habia preferido este asunto solo porque llevaba el nombre de su querida hija. ¡Con qué felicidad habia logrado sacar del tosco é informe pedazo de mármol la graciosa figura que ha soñado el poeta! ¡Qué feliz éxito se le presagiaba cuando los inteligentes, recostados en el divan, se e tasiaban y prurumpian en aplausos al contemplar cómo aquella hermosa aparicion iba dando con lentitud la vuelta sobre su eje, y presentando sucesivamente sus admirables contornos a la rosada luz proyectada por la rojiza cortina de la alta ventana! Su vida misma era la que parecia animar aquella hermosa figura graciosamente reconcentrada en sí misma, lánguida y llena de desolacion: verdaderas eran las lágrimas que caian de sus ojos; y para decirlo de una vez, el mármol lloraba.

Un opulento americano que se encontraba en París, y tenia comision para comprar un surtido de objetos artísticos; pero ignorante de su mérito, y guiándose únicamente por el crédito del artista ó la orden de sus corresponsales, habia visto la *Graziella*, y casi habia prometido tomar

nota de ella despues que hubiera figurado en la esposicion de bellas artes. Pero uno de los primeros dias de entrada á la esposicion, Marx vio llegar á su casa al americano, que en dos periodiquillos que traia, le enseñó los mordaces, irónicos y, como se acostumbra á decir, *graciosos* artículos de que habia sido objeto la estatua. Aquellos despreciables papeles fueron dos flechas envenenadas que vinieron á herir el corazon del indeseado artista.

—Ya comprenderéis, dijo friamente el especulador del Nuevo Mundo, que esta publicidad rebaja vuestra *mercancia*, y que por lo que hace á mi, yo no podria dar mi propio dinero (*my own money*) en cambio de este mármol, sino con la rebaja de una tercera parte, ó sea el 33 y  $\frac{1}{3}$  por 100 del precio convenido. Tal es la costumbre con los algodones y cafés cuando están averiados.

El desconsolado artista ne se dignó siquiera responder que aquellas criticas de su estatua se destruian á si mismas por sus contradicciones, ni quiso tampoco apelar á otros argumentos y se quedó con su obra. Pero aquel suceso fué como el imperceptible punto negro que se descubre en un vasto horizonte y que va creciendo hasta parar en horrorosa tempestad.

Siempre es necesario calcular bien, y Marx lo habia olvidado en esta ocasion engolfado con el encanto de su obra y en el amor hacia su arte. El gasto que habia hecho para el mármol, el practicar los modelos, etc., subia á mas de seis mil francos, y esto era un desembolso enorme para un artista: además de los compromisos adquiridos y que debia cumplir, vinieron para él los dias de prueba. Inquieta por el porvenir y adivinando las penas que Marx trataba de ocultar, su mujer cayó gravemente enferma. Así, en vez de poder continuar sus trabajos, se vió precisado á escogitar los medios para salir de su triste situacion, y aun á buscar socorros.

Cierto dia uno de sus amigos le condujo á casa de Mr. Crèveœur, industrial rico y aficionado á las bellas artes, pero enteramente ocupado y absorbido por el torrente de los negocios, y sin embargo, obsequioso y lleno de generosidad.

—Mi querido Mr. Marx, dijo el negociante, siento en el alma no tener tiempo para ir á ver con detencion vuestra *Graziella*, á la que apenas pude mirar al paso en el salon; pero bien sabeis que no soy dueño de mi. Sin embargo, podreis contar conmigo tan pronto como tenga un rato de libertad. Aprecio, como todos, vuestro talento, y confieso que no me hallo sin tener alguna cosa de vos.

Despues, observando el triste aspecto del artista, añadió mirándole con interés:

—Pero decidme, ¿os han encargado algun trabajo? ¿Cómo van los que teneis entre manos?

—Caballero, dijo Marx: ningun derecho tengo á la benevolencia que usais conmigo; ¿para qué quereis ocuparos de mis apuros?

—Hablad pronto, replicó Mr. Crèveœur con viveza, al mismo tiempo que ordenaba sus papeles: ¿quién podria no tomarse interés por un hombre como vos?

—Pues bien, caballero, dijo Marx haciendo un esfuerzo sobre si mismo, el ministerio acostumbra á pagarnos adelantado el importe de los pedidos; pero esos adelantos son bien pronto absorbidos por el trabajo material y las necesidades de la vida; así es que al terminar la obra, ha desaparecido ya su producto y nada hemos adelantado: yo esperaba que si pudieseis venir á ver mi *Graziella* para la que tantos gastos he hecho....

—Bien veis que no puedo, replicó Mr. Crèveœur; pero si os hace falta dinero, mi querido Marx, no tengais pena por ello: me consideraré demasiado feliz en poder ayudar de algun modo á un hombre de talento á quien aprecio y estimo; tomad, le dijo, presentándole papel, hacedme un recibo de la suma que querais, pagadero cuando mas os plazca.

Marx quedó enteramente sorprendido.

—Caballero, dijo, es muy extraño lo que haceis en esta ocasion, sin conocerme mas que por mis amigos. No encuentro palabras con que es-

presaros mi reconocimiento, y bien podeis creer que una fatal necesidad es la que me obliga á aceptar. ¿Podré, por lo tanto, haceros un recibo de dos mil francos pagaderos dentro de un año? porque hasta entonces....

—Duplicad el total, y adios, que me esperan, dijo Mr. Crèveœur: ya nos volveremos á ver.

Al mismo tiempo dió orden á su cajero para que diese cuatro mil francos en cambio de un recibo de dicha cantidad pagadero á los dos años, y salió estrechando afectuosamente la mano de Marx, quien por entonces se veia exento de pena.

Con este inesperado auxilio, Marx comenzó segunda vez á luchar; pero se le hicieron mas penosas las circunstancias que le rodeaban. Su mujer no se restablecia, y por lo tanto iban en aumento los gastos de su casa, al mismo tiempo que escaseaban los pedidos. El tiempo trascurrió con rapidez, y cuando llegó el vencimiento del recibo de los cuatro mil francos, se hallaba en la completa imposibilidad de poder cumplir. No atreviéndose á presentarse en casa de Mr. Crèveœur, le escribió pidiéndole una próroga y no recibió contestacion. Sin embargo, este último le hizo saber que en aquella ocasion se hallaba bastante enfermo para poder salir; que seguia siempre en su intento de comprar la *Graziella*, si aun se hallaba de venta; y por lo que hacia á Mr. Marx, ninguna inquietud debia abrigar respecto á su compromiso que no le seria presentado.

La tranquilidad que estas consoladoras palabras produjeron en la casa del artista no fué de larga duracion, porque poco tiempo despues un dependiente del cajero llamó á la puerta del taller y presentó el fatal recibo de cuatro mil francos pagado por la viuda de Crèveœur. Marx, pálido a la vista de aquel escrito que le noticiaba al propio tiempo la muerte de un protector generoso, respondió que se hallaba sin dinero y que ya pasaria á dar sus excusas sobre el asunto. El dependiente, práctico en tales negocios, tomó su lápiz, y con la flemma que le habia dado la costumbre, escribió al margen *no hay fondos*, y salió de la casa.

Al dia siguiente Marx recibió su protesta timbrada, y despues el encargado de negocios de Mme. Crèveœur, aparentando intenciones conciliadoras, se presentó para que Marx diese á su recibo un carácter mas formal y por lo tanto mas peligroso, como tuvo ocasion de experimentar, pues á los pocos dias le fué presentada la sentencia que le condenaba á pagar á los sucesores de Crèveœur cuatro mil francos y las costas, *aun con su persona*.

Despues de haberse dirigido á algunos amigos de quienes no recibió respuesta, y de haber agotado todos los medios imaginables para procurarse dinero llegando hasta el extremo de ofrecer á vil precio su *Graziella* al americano, que ya no la queria por lo mismo que se le hacia rebaja, recobró de nuevo su valor y se atrevió á presentarse en casa de Mme. Crèveœur, que le recibió con fria altanería, le dijo que aquello era un asunto de herencia, que ella se encontraba débil, y por lo tanto incapaz de mirar por los derechos de sus hijos; pero que podria entenderse con su procurador.

—Pero, señora, dijo Marx, tal vez no os sea desconocido el interés que me tenia Mr. Crèveœur: me habia dado entera libertad para el pago, y solamente os pido el tiempo que necesito para ponerme en estado de satisfacer la deuda; tengo amigos que me ayudarán.

—Sin duda alguna, respondió friamente la viuda, os quereis prevaler de la negligencia de Mr. Crèveœur para privar de su patrimonio á la viuda y al huérfano, porque el plazo se cumplió hace ya tiempo y estamos perdiendo los intereses.

Marx, humillado, sin recursos y perdida la esperanza, abandonó con los ojos bajos el fastuoso palacio de la viuda y del huérfano, y entró silencioso y resignado en su desmantelado y solitario taller. Todo lo que en aquel sitio escitaba en otro tiempo su amor, era entonces para él un motivo de desaliento. Sus brazos que soportaban

sin fatiga alguna diez horas de un trabajo pesado, porque estaban sostenidos por la fuerza moral, aquellos brazos estaban abatidos; las piernas no podían sostenerle, y por último, cayó sobre un diván al pie de su estatua.

Su hija Graziella vino á colocarse sobre sus rodillas besando sus manos y diciéndole que no se afligiese, que ya vendrían mejores días, y suplicándole, por último, que ocultase sus penas para no turbar el reposo de su madre que continuamente se hallaba en gran peligro.....

Entre tanto, los satélites de la justicia continuaban en silencio en su pleito de ruina y de destrucción. Hallándose Marx un día sentado en su desierto taller, abismado en sus cavilaciones, y puesta la cabeza entre sus dos manos, oyó en la puerta un ruido desacomunado, un golpe violento, y después vió entrar á la vez una porción de personas de siniestro aspecto: una de ellas exhibió una órden.

—¿Sois vos Mr. Marx? preguntó el alguacil en voz baja: estamos encargados de llevaros preso por deudas; pero nada temais, porque ya sabemos los miramientos que se deben á un artista: nos aguarda un carruaje á la puerta.

—¡Por piedad, silencio! dijo Marx aterrado señalando la habitacion de su mujer; soy con VV.; y dando un pretexto para explicar provisionalmente su ausencia, salió dirigiendo una última mirada á su triste casa.

En el mismo momento entraba Graziella. La desgracia, cuando no llega á apagar de un golpe la inteligencia en una naturaleza precoz, la desarrolla ilimitadamente. La infancia, nacida para la alegría, desaparece oprimida por el dolor. Graziella comprendió en un momento todo lo que pasaba, bajó precipitadamente la escalera, llegó á la calle en el momento en que se cerraba la portezuela, y con la cabeza descubierta siguió al carruaje que partió á todo escape.

Los transeúntes se paraban sorprendidos, y ni tan les era dado intentar el detener aquella ligera flecha lanzada en el espacio que superaba todos los obstáculos, y como si fuera un meteoro, seguían con la vista, preguntándose qué podría ser aquello.

La pobre niña llegó por fin estenuada y jadeante al mismo tiempo que el carruaje; se deslizó entre el centinela y el conserje, pasó desapercibida delante de su padre y de las guardias del tribunal de comercio, y pidió gracia con tanta energía, que se compadecieron de su extravío y la condujeron á la habitacion del director.

—¡Señor, mi querido buen señor! gritó: es mi padre, y mi madre se está muriendo: ¡gracia! ¡gracia! ¡gracia!.....

La palabra espiró en sus labios con un sollozo supremo, y la pobre niña cayó trastornada, presa de una horrorosa convulsion.

La mujer del director, atraída por el ruido, llegó apresuradamente; prodigó á la niña toda clase de cuidados y la preguntó por bastante tiempo cómo se encontraba.

Ni una palabra, ni el mas leve sonido salió de su boca; gruesas lágrimas corrían por sus rosadas mejillas; sus ojos suplicantes se elevaban hácia la caritativa señora, ¡pero ni una palabra, nada más! Lo agudo del dolor habia hecho una herida demasiado profunda en aquella tierna organización condenada para en adelante al silencio y al sufrimiento.

¿Cómo ocultar á su desgraciado padre esta nueva pena, mas cruel todavía que todas las otras? La mujer del director (nunca faltan razones llenas de generosidad), después de tomar todos los cuidados necesarios, quiso volver á llevar á la mudita á casa de su madre. —La compasiva señora se afectó tanto del estado de abandono en que se hallaba aquella triste morada, que mandó ir un médico y además dejó un hombre de guardia. Mas desgraciadamente, todos esos esfuerzos fueron bien pronto inútiles, y la madre de Graziella espiró algunos días después, sin tener noticia de las desgracias que pesaban sobre su familia. —Entonces fué cuando la mujer del director llevó por sí misma á Graziella al convento de las Agustinas, en donde ella habia

sido educada; porque sabia que podia contar con el mayor celo de parte de la superiora.

En esto se pasó un mes; poco después, el director de la prision recibió de Italia en una carta anónima la suma necesaria para pagar el capital y las costas del asunto de Marx. El director se apresuró á llenar las formalidades requeridas para tomar con regularidad sus notas en el libro de registro, y anunció al artista que estaba libre, preparándole al mismo tiempo para recibir las fatales nuevas que ignoraba completamente.

En vano revolvía Marx en su imaginacion de dónde le habria venido aquel socorro inesperado. Volvió á su casa agitado de crueles presentimientos, sin gozar apenas de su libertad; y no debia, en efecto, disfrutarla por mucho tiempo, porque cayó en tal estado de abatimiento bajo el peso de su desgracia, que murió en breve pronunciando el nombre de Graziella.

Así es como la mudita se encontró á la tierna edad de doce años, sola y abandonada sobre la tierra. ¿Perdonais ahora á la pobre niña el haberse vuelto tosca, desgraciada de rostro y revoltosa? Los maternales cuidados de las buenas religiosas, ninguna influencia tenían sobre aquel carácter endurecido, no solo por la desesperacion y por su estado enfermizo, sino tambien, y muy principalmente por la inconsiderada burla de algunas niñas, que á veces se mostraban hasta crueles, efecto de su ligereza é inesperienza. De este modo habian desaparecido casi enteramente la gracia, la juventud, la vivacidad propia de sus pocos años, reemplazándolas un estado de postracion y de completo abatimiento.

Pero una celestial mirada, la dulce mirada de Preciosa, habia logrado penetrar hasta el fondo de aquel corazon herido, y afortunadamente pudo aun hallar y reanimar un rayo de vida. Una voz vibrante habia pronunciado con inefable ternura la palabra santa, la palabra por excelencia, la palabra que encierra mas tesoros de esperanza, la palabra MADRE, y la desesperacion quedó estinguida, y el hielo que rodeaba á aquel tierno corazon, se fundió al mágico impulso de aquel rayo; y la niña, la pobre huérfana fué devuelta por aquella sola palabra al mundo de los vivientes. Un eco habia repetido, no por medio de sus labios, incapaces de articular una sílaba, sino desde el fondo de su corazon reanimado y que resucitaba otra vez á la vida: ¡madre, madre!

## VI.

## LA PESCA.

Hay, segun una creencia popular, astros de mal agüero que estienden por la atmósfera su maléfico influjo tan pronto como se dejan ver sobre el horizonte sus pálidos y temibles rayos de luz. Hay vegetales pérfidos, cuyo brillo atrae y aun cautiva, cuyo aroma excita la molice y convida al sueño, pero cuya sávia es ácre y mortífera. Hay tambien naturales perversos, que pudieran decirse son emanaciones del genio del mal, los cuales ejercen una destructora influencia sobre todo lo que tocan ó se halla á su alrededor. Estos seres, dotados ordinariamente de un poder fatal, pasan como un azote sobre la tierra, alimentándose solo del odio y del egoismo; semejantes al abrasador torrente de lava que se precipita sobre la dorada mies, y solo deja en pos de sí la ruina y desolacion. Tal vez pudieran conducirnos á dudar de la justicia divina, si siguiendo los designios de la Providencia, no sirviesen las mas veces de contraste y aun de prueba para la virtud, cuyo triunfo preparan con bastante frecuencia.

¡Pero desgraciados, no obstante, aquellos que sorprendidos caigan bajo las garras de estos despiadados buitres! ¡Que no intenten despertar los sentimientos del corazon, allí donde el corazon falta: el único recurso es apelar á la fuga, ó morir! Si por desgracia sucumben, el malvado se posará victorioso sobre la fresca yerba de su sepulcro; pero tan impasible y tan frio como la lava petrificada sobre las mieses á que llevó la devastacion.

Alguno, por el bien de la humanidad, querria negar la existencia de semejantes monstruos;

pero ¿á quién no han arrancado al pasar algun pedazo de su cuerpo? Si hemos de pintarlos como una oscura sombra en el fondo del cuadro en que debe brillar la angelical figura de Preciosa, no será ciertamente por complacernos en el repugnante espectáculo de sus vicios y desórdenes, sino mas bien para pronunciar contra ellos nuestro severo juicio, y predecirles su justo castigo; no será en verdad para colocarlos sobre el pedestal que se les ha preparado, sino para mostrar al infernal demonio arrojado bajo los piés del arcángel.

En la parte mas estrecha de la calle del Camino, habia en otro tiempo, en el fondo de un patio, un almacén sombrío, desprovisto de todo lo que pudiera darle siquiera una apariencia de lujo, y en el que se hacian, no obstante, los mas grandes negocios del comercio de telas preciosas. En aquel oscuro rincon estaban centralizados los mas ricos productos del globo, los cachemires de la India, las sederias de la Italia, los tapices de Turquía, las telas de oro y plata fabricadas en Lyon, los esquisitos tisúes del Norte y las indianas de Ruan.

El jefe de esta casa, tan modesta en la apariencia y tan poderosa por sus inmensas relaciones y su antigüedad, se llamaba Aimé Crèveœur. Era descendiente de los Crèveœur, nombre muy conocido de padres á hijos en los anales del comercio; y aunque este nombre no estuviese precedido de ninguna particula nobiliaria, los Crèveœur se encontraban de hecho á la cabeza de la aristocracia comercial de la calle del Camino, por su probidad que llegó á ser proverbial, y por su carácter generoso, no menos que por su importancia. En aquella época, aun no se habia llegado al extremo de considerar como indispensable para atraer y conservar el favor de la multitud, la inusitada exhibicion de un lujo falso y deslumbrador, que, sin embargo, á nadie engaña acerca de su objeto. Una inmensa clientela acudia siempre con frecuencia á aquellos establecimientos antiguos, que pudieran muy bien ser llamados casas de confianza, palabra que entonces encerraba alguna significacion, y de que después se ha abusado algunas veces.

Aimé Crèveœur era todavía jóven, lleno de distincion, y ocultaba bajo una aparente frialdad, un corazon lleno de ternura y fácil de conmoverse. Habia casado con la hija de un rico fabricante de Lyon, la cual aportó en dote una inmensa fortuna á esta casa ya tan poderosa. La jóven esposa era agradable é instruida; pero ¿quién hubiera podido reconocer en la sencillez de su trato, en su dulzura, en el afán con que procuraba hacerse útil para alguna cosa; quién hubiera podido reconocer, decimos, á una mujer millonaria, cuando recibia con tanta finura como deferencia á aquellas elegantes señoras que las mas veces ocultaban sus apuros bajo mentirosas apariencias, y bajo un aire impertinente de que algunas hermosas damas hacen una regla de buen gusto?

Crèveœur colmado de los favores de la fortuna, rodeado de una elevada consideracion comercial, y gozando de profunda paz en el seno de su familia, vió duplicarse su felicidad cuando un último don del cielo vino á poner el colmo á sus esperanzas. Una hermosa criatura, con tanta impaciencia esperada, llenó su corazon de alegría, y dió nueva animacion á aquel hogar ya bendecido. Llamó á su hija Teresa, porque tal era el nombre de su querida esposa.

Todos los atractivos y toda la hermosura parecían haberse reunido en aquella deliciosa miniatura que nacia con una celestial sonrisa. Su madre quiso criarla ella misma, y ni para su corazon ni para sus ojos pasaba desapercibido ninguno de aquellos encantadores progresos que hace la infancia para adquirir su desarrollo, é irse abriendo, por decirlo así, como el boton de la rosa al soplo de la mañana.

¡Oh jóven madre! consérvala con cuidado cerca de ti; ten siempre sobre tu corazon, como un ramillete de tu desposorio, á esa fresca flor que el cielo te envia, ó de lo contrario, no merecerás el nombre de madre. Entrega con el mayor cariño á esas ávidas manitas, á esos labios alte-

rados, los tesoros que encierra tu seno; estrecha fuertemente entre tus brazos á ese angelito que Dios te confia, ó prepárate tal vez á escuchar de la boca de Dios estas terribles palabras: Tú no eras para ella una madre, y por lo tanto el ángel te abandonará.

Si; en aquella casa de un mercader, en el fondo de la estrecha y húmeda calle del Camino, en medio de las vulgares ocupaciones que traen los negocios del comercio, habia descendido la poesía acompañada del amor y la belleza. Crèveœur se encontraba sumergido en un mar de delicias al disfrutar del inefable espectáculo, aun mas arrebatador de lo que un padre puede soñar, de ver á una madre joven, tierna y cariñosa durmiendo en su seno una hermosa niña semejante á una emanación del cielo.

La joven madre, al admirar aquellos grandes ojos azules, aquella sonrisa de ángel, aquella diáfana encarnadura, aquellas formas tan puras que Rafael buscaba para sus mas sublimes creaciones, toda conmovida y llena de entusiasmo decia algunas veces:

—¡Oh, amigo mio! es demasiado hermosa para este mundo.

Y en efecto: la primera impresion que producía la vista de la pequeña Teresa, era una sorpresa semejante á la que experimentaríamos á la aparición de un sér casi sobrenatural. No parecia sino que aquella radiante figura iluminaba con dulcísima luz cuanto la rodeaba, estendiendo en todos los corazones aquel encanto que, en cierto modo, constituía su esencia. Aun pudo verse el aumento de aquellas sublimes dotes, cuando al sentirse con fuerzas para abandonar las rodillas de su madre, empezó á andar y articuló las primeras palabras. ¿De dónde podia proceder aquella ligereza en sus movimientos, sino de las invisibles alas que aun la sostenian, haciéndola deslizarse por el suelo con tanta soltura? ¿De dónde procedía aquella voz celestial? Sin duda alguna salía del corazón, y directamente se dirigía al corazón mismo.

Peró al empezar el crecimiento y la reflexion, fué ciertamente cuando aquella amable criatura puso de manifiesto los tesoros que encerraba su alma, y llegó á ser para su madre una graciosa y tierna compañera.

Cuán orgulloso se mostraba Crèveœur de su amor, cuando en el paseo, llevando de la mano á su Teresita, los transeúntes, y con especialidad las madres y los niños, se paraban solo por contemplar aquella encantadora fisonomía y poderse dar cuenta del misterioso prestigio que ejercía aquel ángel, y repelían por lo bajo: ¡Qué hermosa es! También ella, la pequeña Teresa, comprendía ya el gozo y el encanto que producía á su paso; mas no por eso experimentaba timidez ni orgullo, ni aun el orgullo de la brillante rosa, delante de la cual se para uno diciendo: ¡Qué hermosa es!

.....Empero, ¡basta, basta ya de alegría! Haced pasar á otras, feliz familia, la copa de la felicidad, para que cada uno tenga al menos tiempo de humedecer siquiera los labios. ¡Ha llegado ya para vosotros, sí, ha llegado ya la hora del sufrimiento!

Sonó la fúnebre campana: es porque ha muerto la joven madre llevando en su seno un hijo que no pudo ver la luz del día. Entonces Crèveœur, en medio de sus tesoros, se halló tan desgraciado y con mayor desesperacion aun que el mas miserable mendigo. Teresa tenia ya cinco años: ¿quién protegería á aquella tierna criatura; quién cuidaría de instruirle, y sobre todo quién la amaría verdaderamente? Nada es capaz de reemplazar á una madre.....

Quiso engolfarse de nuevo en los negocios, entregarse con mas arder á sus especulaciones; ensaó el viajar, despues de haber confiado su hija Teresa, su único tesoro, á manos seguras; pero todo le llamaba hacia Teresa, y á su lado experimentaba aun mas intensamente el inmenso vacío que deja en el hogar doméstico la falta de la madre de familia.

Así trascurrieron dos años sin proporcionar alivio alguno á la profunda herida que destruzaba su corazón. Su único consuelo consistía algunas

veces en socorrer á los necesitados y en compadecerse de los que sufrían, acordándose de su querida esposa, cuando un negocio, que no admitía demora alguna, le obligó á salir de nuevo de su casa. Se trataba nada menos que de llevar un pronto socorro al jefe de una manufactura, hombre honradísimo, pero que se encontraba momentáneamente sin recursos. No le fué posible el adoptar la resolución de separarse de su querida Teresita, y rodeándola de toda clase de cuidados, y haciéndola acompañar por una criada de su entera confianza, partió con ella dirigiéndose á la manufactura de Mr. Morin, situada en uno de los mas ricos y risueños valles de la Normandía, á la otra parte de Ruan.

Fué recibido como un salvador, porque proporcionó á Mr. Morin los medios necesarios para salir de su apurada situación, precisamente en el momento en que su ruina se anunciaba como inminente; y además le hizo pedidos de consideración con los cuales pudo el fabricante conservar y dar ocupación á la multitud de obreros que tenia. Pero los transportes de reconocimiento de que era objeto, no eran suficientes para que Crèveœur pudiese olvidar la pena que le afligía. Lloraba todavía á aquella Teresa arrebatada tan pronto al cielo, y aun mas por su tierna hija Teresa, á quien no quedaba mas apoyo que el suyo sobre la tierra. Semia amenguarse su energía, y aun le parecia que él mismo necesitaba un apoyo que le guiase. A pesar de su indiferencia para con todos, no podia ver sin conmoverse el amor y adoración de que Teresa era objeto desde su llegada á la manufactura, y muy principalmente la compasión que se manifestaba en las miradas que con todo recato la dirigía la Srta. Susana, hija mayor de Mr. Morin. Era una arrogante joven de veintidos años de edad, de cabellos aun mas negros que las alas del cuervo, de altanera figura, de fascinadores y brillantes ojos, y que por otra parte sabia sacar buen partido de semejantes ventajas.

¡Cuántas veces la habia sorprendido Crèveœur teniendo en sus brazos á la hermosa niña, quedándose estasiado al contemplar aquel grupo admirable por la misma oposicion que existía entre las dos naturalezas! Entonces Susana daba muestras de conmoverse y experimentar algun embarazo, por lo que dejaba á la niña y se retiraba llevándose el pañuelo á los ojos. El mismo Crèveœur no hubiera podido darse cuenta del sentimiento profundo que parecia nacer de lo íntimo de su corazón al ver á aquella hermosa joven preparar en sus desnudos y vigorosos brazos un asilo, una nueva cuna á su Teresa, á su ángel querido.

Crèveœur evitaba asistir á las reuniones de familia, y al decaer el día, iba á pasearse entre las inmensas calles de árboles del espacioso parque que se extendía desde el fin de la pradera hasta las colinas pobladas de árboles que se elevan en forma de anfiteatro. La Normandía, esa rica y productiva provincia, se encuentra cubierta de semejantes encantadores sitios, y la industria que prospera en ella y la vivifica, en nada aminora el encanto que rodea á aquella naturaleza pacífica, y aun pudiera decirse, que con esto añade un nuevo interés, á causa de los diversos pensamientos que se originan del espectáculo de su actividad. Atravesaba el parque un limpio arroyuelo que daba graciosamente vuelta alrededor de la colina, esparciendo al mismo tiempo por el fresco valle sus aguas que fertilizaban la pradera y á mayor distancia se utilizaban para los usos de la manufactura.

Susana conocia tal vez que Crèveœur estaba apasionado de aquel delicioso paseo, porque muchas veces la encontraba en él toda pensativa, y parecia querer evitar su presencia y huir, cuando se hallaba con él como por casualidad.

En una hermosa tarde de verano, la pequeña Teresa, cautivada por los caprichosos juegos de una bandada de canarios jóvenes, estaba inclinada al borde del arroyo, que aunque por su poca profundidad no ofrecía peligro alguno para una persona mayor, era suficiente para que se ahogase un niño si no era socorrido inmediatamente. ¿Cómo estaba allí sola aquella criatura?

quién se habia olvidado de tal modo de velar por ella esponiéndola á semejante peligro?

—¡Desgraciada niña! la gritó de repente la aguda voz de Susana corriendo hácia ella. Sorprendida Teresa, estendió sus brazos, hizo un movimiento brusco para asirse de una rama, perdió el equilibrio, y cayó precipitada dando un grito supremo.

La intrépida Susana se arrojó al agua sin titubear; cogió á la pobre niña toda cubierta de cieno y yerbas acuáticas, y poniéndose de pié con el agua hasta la cintura, resistió con esfuerzo á la corriente que la arrebataba, y levantando á la niña por encima del agua, teniéndola oprimida contra su corazón, pidió socorro con voz desesperada, porque tal vez la hubiera sido difícil poder superar sin auxilio las márgenes del arroyo escarpadas y abiertas á pico.

El desgraciado padre fué el primero que pudo oír aquel grito de dolor y que acudió apresuradamente.

—¡Todavía vive! le gritó Susana cubriendo á la niña de besos. No temais nada: desde lejos la he visto caer y no ha permanecido dos segundos bajo el agua: ¡todavía vive! no tembleis de esa manera y ayudadme.

Crèveœur, fuera de sí y cubierto su rostro de mortal palidez, recibió en sus brazos la niña desmayada que comenzaba á volver en su acuerdo, la puso con el mayor cuidado sobre el césped y dando las manos á Susana, la ayudó á salir del agua enteramente chorreando, pero riéndose y orgullosa de su heroica acción. La animación de su rostro que hacia resaltar su vigorosa belleza, hubiera cautivado indudablemente á Crèveœur, si este no estuviera entonces ocupado exclusivamente con el peligro que habia corrido su hija.

Cuando Susana estuvo fuera del agua, lejos de cuidarse del deplorable estado de sus vestidos, ni de escuchar todo lo que Crèveœur ensayaba decir para manifestarle su reconocimiento, tomó á Teresa en sus brazos, empezó á desnudarla y con aire de autoridad mandó á su padre fuése á la casa á buscar vestidos y demás que se necesitaba.

—¡Id pronto, le dijo, despues me diréis todo eso, ó si no, esperad, no vayais.

Crèveœur permaneció inmóvil, embriagado enteramente por la influencia de aquella voz alta y de aquella voluntad enérgica que tal vez debía dominarle mas tarde.

Susana cogió con viveza su chal que dejara al borde del arroyo antes de arrojarle á él, envolvió con la solicitud de una tierna madre á la niña que temblaba de frio, y que empezaba á volver en sí, y sonreía abrazándola.

—Ahora, le dijo, tomad vuestra hija y corred á casa, la acostaremos en una cama bien caliente y no tendrá resultado alguno.

—¿Y vos, querida niña, mi ángel salvador? replicó Crèveœur con voz temblorosa á causa de su reconocimiento.

—Y bien, yo he tomado un baño frio, cosa que no deja de ser muy saludable. Vamos, os acompañaré, no me miréis de ese modo, y tened cuidado con nuestra niña que llevais en los brazos.

¿Qué conmoción no experimentó Crèveœur hasta en el fondo de su alma al oír aquella palabra *nuestra niña* pronunciada como por casualidad! Dirigió una investigadora mirada á Susana para suplicarle que precisase el sentido de aquella palabra *nuestra niña*; pero Susana miraba hácia el campo. Entonces no pudo menos de admirar aquel valor y desinterés unidos á tal sencillez; contemplaba enteramente pensativo aquella naturaleza vigorosa, aquella soberbia belleza y aquel majestuoso andar, que hacia doblarse bajo su mojada bata y sus piés empapados en agua las grandes flores de la pradera, y que parecia no ocuparse sino de Teresa.

¿No sería un grandioso triunfo para la valiente Susana entrar en la casa llevando á la niña á quien habia salvado de una muerte casi inevitable, y acompañada de un padre á quien devolvía su mas precioso y único tesoro? ¿Por ventura no valia mas aquel rasgo de abnegación que to-

los adelantos de dinero que pudiera hacer Crèveœur?

Susana no permitió separarse de la cama en que estaba la niña y pasó á su lado toda la noche.

—Idos á descansar, dijo á Crèveœur; los hombres no sirven para estos minuciosos cuidados, ya veis que vuestra niña sigue perfectamente: tranquilizáos por lo tanto, no me apartaré de ella; adios.

En efecto, la robusta Teresa colocada con prontitud en una cama bien caliente, no experimentaba dolor alguno, y bien pronto pudo entregarse á un apacible sueño, pero sin querer por eso soltar la mano protectora de Susana.

En los siguientes dias, Crèveœur, pensativo y silencioso, no apartaba sus ojos de Susana, que parecia no hacer caso. Esta jamás abandonaba á Teresa, y parecia que estaba unida á ella con mayor intimidad desde la aventura del arroyo: ella logró que acostasen á la niña en su mismo cuarto, lo que constituía una verdadera adopción por su parte.

¿Habria adivinado Susana que el mas seguro medio de seducir á un corazón generoso consiste en demostrarle la abnegación y simpatía? ¿Habria observado tal vez al cazador que se apodera de los tiernos pajaritos para atraer á sus padres? Algunas veces, no obstante, Crèveœur creyó distinguir en el tierno cariño que Susana prodigaba á Teresa, un sentimiento de compasión hacia él mismo y hacia el aislamiento en que se hallaba, cosa que le parecia tanto mas verosímil, cuanto que Susana procuraba sin duda disimularlo evitando todo encuentro con él.

Sin embargo, un dia en que Susana, semejante á una hermosa madona del Ticiano, tenia en sus brazos la graciosa niña bajo un árbol del jardín, entreteniendo en referirle cuentos agradables, Crèveœur se aproximó á ella y la dijo:

—¿Cómo me compondré, Susana, para cuidar á mi niña cuando no os halleis á su lado? ¿Y quién te amará á ti, Teresa, cuando nos marchemos?

—¿Queréis tomarme por su aya? dijo alegremente Susana echando una provocadora mirada.

—¿No me habeis comprendido todavía, Susana? dijo tristemente Crèveœur tomándola la mano. Desde el primer dia en que os he visto tener á mi niña sobre vuestras rodillas y abrazarla con tanto cariño, ¿no he adivinado que vos solamente podríais ser su segunda madre? En mi mirada podríais haberlo conocido. Pero desde el instante en que la salvasteis de una muerte segura, Dios también ha debido deciroslo: es vuestra, Susana; ¿queréis abandonarla ya?

—No hableis de ese modo, respondió Susana, aparentando gran emoción y cubriéndose el rostro con las manos; no aumenteis mi turbación. ¿No he procurado ya bastante, oh Dios mío, evitar que llegara este caso? ¿Comprendeis ahora por qué siempre huía de vos? ¿No me hableis, os lo ruego, de estos proyectos irrealizables; compadecéos de mí! dijo volviendo la cabeza y llevándose la mano á los ojos.

—¿Por ventura no sois libre? replicó Crèveœur: si la madre de Teresa me oye, ¿no aprobará el que yo quiera por segunda madre para mi hija á aquella que me la ha conservado y que tan tiernamente la ama?

—¡Yo la amo, sí, yo la amo! dijo Susana con llanto. Al mismo tiempo estrechó convulsivamente la mano de Crèveœur, y llevando el dedo á sus labios como para suplicarle que no hablase una palabra mas, huyó precipitadamente.

—¿Por qué no quiere ser ya mi madre? preguntó Teresa llorando: en tal caso quedémonos aquí. ¿Cómo podríamos pasar sin tenerla con nosotros?

Crèveœur, enteramente conmovido por las lágrimas de su querida hija, procuraba consolarla sin hallar consuelo para sí mismo: no podía atribuir mas que á un extremo de delicadeza la negativa de Susana, porque sabia que esta se hallaba sin bienes de fortuna: era, en efecto, la hija mayor de una familia numerosa, é indudablemente su padre no podia dotarla sino en una cantidad insignificante.

Este desinterés dió aun mayor aumento al concepto favorable que de ella habia formado Crèveœur, á que tal vez se juntaba un sentimiento mas vivo y tierno por parte de este, que resolvió dirigirse á Mr. Morin.

—Querido amigo, le dijo, creeréis sin duda que os he hecho un gran servicio, y en honor de la verdad debo deciros que ningun mérito he contraído, porque despues de lo que llevo visto, sé positivamente que mis anticipos están en buenas manos, y que pronto habreis rehecho vuestra fortuna. Pero si os creéis obligado á mostrarme vuestro reconocimiento y quereis eximiros de semejante obligacion, podeis hacerlo en este mismo instante. Concededme la mano de vuestra hija Susana, porque no podemos vivir sin ella. De este modo daréis una segunda madre á mi hija, la misma que la Providencia nos ha señalado con el dedo poniendo la vida de Teresa en sus manos, y así estrecharémos mas los lazos de nuestra amistad inalterable.

—¿Pensais formalmente en ello? respondió Morin levantándose como para poner término á aquel asunto. ¿Queréis que Susana, que nada tiene, sea la esposa de un millonario? Creedme, amigo mío: entre vuestra vecindad de la calle del Camino podréis hallar fácilmente una media docena de herederas, entre las cuales no tendreis mas que escoger, hallándoos en tan brillante posición. ¿Acabais de salvarme de una ruina inevitable, y quereis que os obligue á hacer un malísimo negocio? No: no os concederé á mi hija. Por otra parte, y perdonadme la expresión, falta todavía saber si ella accederá á vuestra petición, porque es un tanto exaltada, y no nos lisonjamos de su docilidad.

—No tengais cuidado por eso, añadió Crèveœur; si no es fácil dirigirla, ella será la que nos guie, y en esto consistirá nuestra dicha. Pero sois vos, Morin, sois vos quien me rehúsa vuestra hija: ¿nos dejaréis marchar así? Considerad la situación de mi pobre Teresa; ¿llevaré para toda mi vida un sentimiento por haber permanecido en el seno de vuestra familia?

—Todo lo que puedo hacer, respondió Morin, despues de haber consultado á su mujer, y algo orgulloso por las enormes ventajas de esta inesperada proposición; lo único que puedo hacer es no estorbaros que cometais una necedad; pero no conteis conmigo para ayudaros en este asunto. Ya conocéis mi posición: Susana nada tiene, es cuanto os puedo decir.

Los sucesos marchaban, pues, segun el gusto de Crèveœur, y tal vez también segun el de aquella á quien amaba ya aun mas de lo que él se imaginaba. Al dia siguiente todavía se encontró en el jardín por el camino de Susana en el momento en que esta aparentaba querer evitar su presencia.

—Susana, mi querida Susana, dijo deteniéndola: ¿por qué huís de mí? ¿Os queda, segun parece, algun motivo formal para rechazarme? porque el relativo á nuestra posición de fortuna, ningun valor puede tener. Vuestro mismo padre os entrega á mí; y sin embargo, sois vos la que huís de mí; vos, Susana, la que no podeis deciros á amarnos.

El rostro de Susana se iluminó de radiante alegría.

—¡Mi padre, replicó, mi padre es quien me entrega á vos!

Y se dejó caer con entera confianza sobre su corazón.

—Yo te amaba, le dijo ella, en voz baja y temblorosa; yo te amaba Crèveœur, ¿no lo sabias? no lo has adivinado?

Y al mismo tiempo le dirigió una abrasadora mirada.

Crèveœur, lleno de alegría, turbado por el fuego de aquella mirada, la oprimió con delirio contra su pecho, y ambos sellaron su union en un prolongado abrazo. El feliz esposo, ó mejor el esposo que se creia feliz, volvió á la casa con Susana y su hija, y presentó su nueva esposa á la familia reunida, invocando la promesa que se le habia hecho de no oponerse á sus designios.

Susana se mostró tan conmovida, tan alegre y tan tierna; por tantos medios indirectos supo ali-

mentar la naciente pasión de Crèveœur, que para satisfacer á todos y calmar su impaciencia, fué necesario apresurar la celebración del matrimonio, que tuvo lugar en casa de Mr. Morin despues de una corta ausencia de Crèveœur, y dió motivo á espléndidos festines en los que brilló, como un astro naciente, la encantadora Teresa.

Por último, Crèveœur, despues de haber hecho abundantes regalos á las hermanas de Susana, y dejado pruebas de su generosidad á los obreros, se despidió de la familia, y lleno de esperanzas volvió á su casa de la calle del Camino.

—¿No podría decirse con mas propiedad que la soberbia Susana era la que entraba en posesión de su nuevo dominio, arrastrando tras sí dos esclavos encadenados y estrechando bien entre sus redes los dos peces dorados que se habian dejado coger en el arroyuelo?

## VII.

## EL VENENO.

¿Es verdad que no hay mas venenos que los que fluyen de los árboles venenosos, ó los que se ocultan en el seno de la tierra, ó bien los que destila una serpiente dentro de la mordedura?

¡Oh! sí: hay aun otro mas sutil y de mas seguro efecto, que ningun vestigio de acusación deja en las venas de las victimas, y para el que en vano buscaria remedio el hombre mas experimentado: hasta las mismas leyes son impotentes contra el que sabe administrar con prudencia este veneno, cuya receta es fácil y el éxito infalible. Pues este veneno, que causa el solo mas destroz que todos los azotes que pesan sobre la humanidad, lo conocemos todos demasiado bien: es el egoísmo, el culto del yo.

El egoísmo, que es el contrario de la expansión, y como la negación del amor, es el activo mensajero de todos los males, y puede decirse con verdad, que lleva por brazaletes á los siete pecados capitales.

Aquel que refiere todas sus acciones á los demás, encuentra la belleza, la verdad y la justicia: no tiene que hacer mas que seguir la divina luz y dejarse guiar por el corazón, que nunca le engañará. Bajo esta inspiración, el amor, tomado en el sentido mas noble de esta palabra divina, hace nacer el amor, y aun los mismos ángeles experimentan su influjo; pero el que todo lo refiere á sí mismo, no produce á su alrededor sino el vacío y el silencio del sepulcro.

Todo es efusión en la naturaleza; así lo ha escrito un poeta:

*Le soleil ne dit pas: Je garde ma lumière;  
Le fleuve ne dit pas: Moi, je garde mes eaux;  
L'orange fait rouler ses fruits sous les berceaux;  
La verveine en parfum livre son âme entière (1).*

Es necesario descender hasta el último grado en la inmensa escala de los seres de la creación para poder encontrar la dura é impassible roca, de la que el hombre no puede sacar partido sino haciéndola saltar.

Hemos visto cómo sin otros recursos que el amor, se obtenian en el bendecido convento de las Agustinas, la paz, el orden, la serenidad y todos los bienes imaginables; ahora es necesario también mostrar en lo que puede convertirse una posición feliz y envidiada al posesionarse de ella con el yo destructor.

Para conseguir este objeto, solo tendremos que seguir á la triunfante Susana á su entrada en la casa de Crèveœur, en el modesto almacén de la calle del Camino.

Susana Morin no tenia una ambición vulgar; sabia esperar la oportunidad: también sabe la serpiente fascinar con su mirada, y como haciendo una caricia rodear con sus flexibles lazos á la víctima que quiere ahogar. Empero no hagamos á Susana culpable de una tan funesta premeditación. La desgracia de los demás no constituía el objeto de sus deseos, sino que se servía de ella

(1) El sol no dice: Yo oculto mi luz; el río tampoco dice: Yo guardo mis aguas: hasta el naranjo hace rodar sus frutos bajo sus arqueadas ramas, y la verbena entrega su alma entera en su perfume.

para conseguir sus fines: quería gozar, y en nada más pensaba.

Recibió, pues, con franco ademán y mucha benevolencia los solícitos homenajes de todo el personal de la casa de Crèveœur, donde su porte majestuoso fué muy admirado y causó gran sensación.

Aunque se hallaban muy lejos de estar á su gusto las habitaciones que se la habían reservado, fingió que todo estaba bien dispuesto; pero desde el mismo instante empezó á observar y á tomar sus apuntes, haciendo ya en silencio sus futuras disposiciones.

También fingió estar sumamente complacida de la fidelidad de los criados, aunque ya eran de bastante edad y demasiado sencillos para su gusto, por la circunstancia de haber servido todos á la primera mujer de Crèveœur y haberla llorado con verdadero sentimiento; pero al mismo tiempo meditaba los medios de deshacerse de aquella sensibilidad que creía afectada: su bello ideal consistía en tener una criada á la moda, lacayos de robustas y elegantes formas, y principalmente un afamado jefe de cocina. Se mostraba risueña y afable con los parientes y amigos que la presentaban; pero al mismo tiempo se preguntaba por qué no debía tener amigos más afables ó por lo menos de más brillo, estando en posesión de una fortuna como la que la casualidad la había proporcionado, ó por mejor decir que ella había adquirido por su talento en saberse manejar.

Pero nadie hubiera podido traslucir el menor de sus designios; y cuando oprimía contra su seno á la confiada Teresa teniendo al mismo tiempo asida la mano de su esposo, Crèveœur podía creerse transportado á aquellos hermosos días de su primera felicidad.

Susana sabía presentar todos los matices de una pasión viva y tierna, decía que era dichosa, cedía en los detalles: declaraba que todo le era indiferente, y sin embargo, todo lo dirigía á sus fines particulares.

Adquirió aun más dominio cuando por su estado de debilidad y languidez pudo conocer Crèveœur que llevaba en su seno una prenda de su unión. Se dejaba caer en los brazos de su esposo, no acertaba á separarse de él ni un momento, tanto que llegó á ser su humilde esclavo y su apasionado más atento.

Pasaba los días recostada en un diván de descanso, escuchando la nueva vida que llevaba en sí misma y haciéndose rodear de todas las dulzuras imaginables. Teresa, todavía bien joven, era ya su fiel criada, y para todo se servía de ella.

Sin embargo, á la vista de aquella belleza que se desarrollaba en todo su esplendor, en todo el lleno de su encanto, ligeros movimientos de impaciencia empezaban á nublar la frente de Susana presagiando la tempestad. Algunas veces despedía á Teresa sin motivo alguno colmándola de reproches; la prohibía bruscamente entrar en su habitación, y no quería que la cuidase nadie más que Crèveœur, el cual hacía esfuerzos sin cuento para calmarla, y con mucha paciencia empezaba á leer los libros que ella pedía y que, sin embargo, no escuchaba.

En los intervalos de las crisis propias de su estado, se deleitaba Susana con grandes recepciones, comidas espléndidas y brillantes fiestas, en las que hacía el principal papel por sus inmodestos trajes que dejaban descubiertos sus hermosos brazos y su orgullosa belleza. Pero cuando no se fijaba en ella la atención, porque otra mujer joven y graciosa, que había sido introducida en su casa, cautivaba á la reunión por su talento, ó su agudeza, entonces una crisis repentina, un desmayo improvisado hacían á Crèveœur recordar que únicamente debía ocuparse en ella, y que para ella sola debía vivir.

Cada nuevo recién nacido introducía en la casa nuevas levadas de criadas y nodrizas á quienes la indolente Susana no tenía cuidado de gobernar. Entonces Crèveœur tomaba á su cargo el dirigir aquel gineceo con el mismo orden y sabiduría que empleaba en los negocios; pero absorbido por estos cuidados y por el culto que debía tributar á su ídolo, perdía de vista la dirección de la casa y olvidaba á sus amigos, que aun bajo este

título no se atrevían á presentarse, porque siempre se les decía que llegaban en mala ocasión.

La única distracción de Crèveœur había consistido en reunir algunas obras del arte por las que mostraba interés: su generosidad encontraba de este modo ocasión para alentar á algunos jóvenes artistas llenos de talento, como hemos tenido ocasión de entrever al principio de esta historia; pero al rodear á Susana de aquellas obras escogidas, con ninguna simpatía debía contar en su interior, porque esta mujer enteramente positiva, ni podía, ni tampoco quería comprender el encanto que encierra lo ideal, y mostraba profundo desden por todo aquello que solamente hablaba al espíritu y al corazón.

(Se continuará).

## EL ANGEL MALO.

NOVELA ORIGINAL

DE JUAN DE LA CRUZ BERRIO

(Continuación.—Véase el núm. 17).

Pero este rechazó la oferta y desapareciendo por la puerta que había salido, volvió después de cinco minutos con dos medallones de plata en la mano.

—Toma este y pónle al cuello de tu hijo con una cinta verde, dijo alargando á Roberto Frari un medallón, en uno de cuyos lados se leía su nombre y apellido cincelados, y en el reverso las dos siguientes sílabas: *Fata-*! con el signo ortográfico que indica no estar completa la palabra.

Frari le ató temblando con una cinta al cuello de su hijo.

—Ahora toma este otro para tu hija, añadió con impasibilidad el astrólogo, alargándole el segundo medallón, en cuya faz había la misma inscripción que en el primero, y en cuyo reverso se leía el complemento de las dos sílabas del anterior de la manera siguiente: *lidad!* que componían la tremenda palabra *fatalidad!* que en aquel momento sojuzgaba cruelmente el corazón sencillo y bueno del desventurado padre, cuyos labios grabaron un postrer beso, ardiente, profundo é indeleble en los tiernos, rosados y purpurisimos labios de sus hijos.

El astrólogo tomó entonces los dos festones é indicó la puerta de la escalera á Roberto Frari, que cayó de rodillas.

—¡Oh Dios mío! dijo en afligido acento, mientras que dos lágrimas se desprendían de sus turbios ojos; ¡oh Dios mío! haced que algún día vuelva á ver á mis queridos hijos; haced que algún día pueda repetir satisfecho aquel sublime salmo de David: «¡En mi aflicción invoqué al Señor y mis clamores penetraron hasta en su santo templo!»

Después besó la tierra, y poniéndose una mano en el corazón y otra en los ojos, el infeliz padre se alzó del suelo y desapareció del gabinete cabizbajo y como encorvado bajo el peso enorme de la fatalidad de su época.

El astrólogo dejó los festones en el pavimento, y tomando una bola de metal que había sobre la mesa, la dejó caer sobre un timbre, que despidió un agudo sonido.

—¡Ah! exclamó, por fin principio á vengarme! la ocasión me ha sido favorable y propicia! Y salió de sus pálidos labios, contraídos por una cruel sonrisa, el dulce nombre de una mujer.

No bien se extinguieron los ecos del timbre y de su voz, y los destellos de la sonrisa que animó sus labios, Croverto, vestido con una ligera ropilla, se presentó en el gabinete.

—Eres muy cruel, Geminiano, le dijo el astrólogo; pero en calma mirado, la herida de tu corazón es mucho más dolorosa. Puedes decir como Augusto al morir: Qué tal, ¿he hecho bien mi papel?

Geminiano no replicó.

Se despojó de la bata con celeridad, y tomando los festones, se despidió con una mirada del as-

trólogo, quien leyó en ella el poema de un alma henchida de tremendas pasiones.

—Espera, Geminiano, dijo de repente el astrólogo.

Geminiano, que salía de la habitación, se paró en el dintel, mientras Croverto, escribiendo en un papel algunas frases, se lo alargó con mano trémula.

—No leas hasta que tengas que huir de Venecia, dijo; pues preveo muchas tormentas en tu porvenir.

Y le devolvió la significativa mirada de despedida.

Dos horas después Geminiano colgaba un festón á la balastrada del puente del canal y abandonaba el otro al pie de un pilar de mármol de las arcadas, por el que precisamente debían pasar los concurrentes al café que había no lejos.

Algunos días trascurrieron cuando sobre un espejo que adornaba una estancia de la casa de Geminiano podía leerse la siguiente tarjeta:

«Te amo siempre, Geminiano. Ven á donde sabes en la noche del día primero de febrero.

»TU CORAZON.»

### CAPÍTULO III.

EL NIDO DE AMOR.

La noche del día primero de febrero, esto es, cerca de un año después del casamiento de Frari y Blondina, á las doce de la misma, se deslizaba un bulto por las aceras de los edificios Procuratie.

Pasó la suntuosa y célebre plaza de San Marcos, se internó en una calleja, y no sin vacilar un instante, dió tres golpecitos consecutivos en una puerta secreta.

La puerta se abrió como si estuviese dotada de la facultad de comprender la necesidad de hacerlo con misterio, sin rechinar sobre sus gastados pérnios.

Y se presentó un hombre en quien cualquiera de nuestros amables lectores hubiera reconocido al que llevó á Frari en la góndola á casa de Rocarti.

—Signor, dijo sigilosamente, ya sabéis la dirección..... lo mismo que aquella noche que no pudisteis verla por haber prolongado la visita al marido más de lo acostumbrado..... ¡La calle de Tilos y el parterre.....!

—Gracias, Castell, pronunció el bulto.

É internándose en la indicada calle de espesos tilos, á través de cuyas ramas se dibujaba la luna fantásticamente, salió á una plazoleta rodeada de naranjos de Capri y plátanos de Indias, entre los que había interpolados asientos de estera de Malaca.

En medio de un bosquecillo de lilas que sombreaba con más intensidad uno de los flancos de aquella plazoleta, brillaban al fulgor de las estrellas la escalera de piedra labrada que conducía á un bonito parterre.

El bulto le atravesó con velocidad y se dirigió hácia un magnífico pabellón emancipado por un bosque de pequeños pinos del edificio principal, sobre cuya fachada rielaban su tranquila y apacible luz la luna y las estrellas, que bordaban con su curso el azul transparente y puro del cielo.

El bulto ladeó algunas ramas de bambú que le impedían llegar con su follaje al pabellón, y deslizándose silenciosamente sobre el musgo, se paró en frente de la maceta de un rosál de Bengala, colocada al pie del muro y sobre una enorme losa de mármol.

Estendió los brazos, levantó la maceta, retiró la losa y escarbando en la tierra un instante, tocó un resorte y se alzó una tapa de madera, dejando al descubierto una estrecha escalera, que el bulto bajó con precipitación, encontrándose incontinenti en una especie de subterráneo.

Ardía una lámpara á su estremidad y al somnolento fulgor que despedía, se destacaban los blancos peldaños de otra escalera que conducía entre la pared al primer pavimento de aquel tercio del edificio principal.

Al pie de la escalera había un cojín de terciopelo.

pelo, y no lejos un sillón de mármol, forrado el fondo con una tela de seda flequeada de oro.

No hemos dicho que al quitar el bulto de su base el rosal de Bengala, una mujer que estaba asomada a una ventana que había encima, en el pabellón, cerró los postiguillos con rapidez, pero en el mayor silencio.

Aquella mujer era Blondina.

Concluía de despedir a Roberto de su dormitorio, y cerrando por dentro la puerta, cogió de un vaso de porcelana una hermosa rosa perenne y la puso sobre su palpitante y blanquísimo seno.

Luego sacó de un neceser una pequeña llave é introduciéndola en la cerradura de una alacena de caoba incrustada en la pared, principió a descender por unos estrechos peldaños de piedra.

Un segundo despues estaba pálida, pero hermosa, en el último peldaño.

— ¡Geminiano! murmuró con dulce voz y de un modo tan hechicero que solo podría apreciar aquel á quien iba dirigida: ¡Geminiano!

Geminiano que se había sentado en el sillón, se puso de pié al reconocer á la mujer que un día formara su mayor encanto.

Y estendiendo los brazos hácia ella:

— ¡Oh, Blondina! exclamó con ansiedad, ¿se abre ya el paraíso para mí? será posible que el ángel se digne descender de su cielo para dulcificar el corazón desgarrado del pobre mortal?

Blondina bajó el último peldaño y cayó desvañecida en purísimas ilusiones en los brazos de su antiguo novio, que la condujo al sillón, á cuyo pié se sentó sobre el cojín de terciopelo.

El color fué volviendo á las preciosas mejillas de la jóven, que desprendiéndose la rosa del seno, la alargó á Geminiano, articulando en acento débil, pero sonoro y argentino.

— Es una rosa de todo el año, símbolo de mi amor, Geminiano. ¿No hace un año que sufrimos la pena de estar en comunicacion?

— ¡No!! un siglo, prenda mia! contestó Geminiano llevando á los labios, no la rosa, sino la bien perfilada y blanca mano de la jóven.

— ¡Qué dichosa estoy á tu lado! cómo palpita mi corazón! oh Geminiano! mucho debo amarte cuando de todo me olvidó junto á tí. ¡Y luego, he sufrido tanto, tanto, que me parecen celestiales estos momentos de goce!!

— ¿Con que de veras me amas mucho?

— ¿Y puedes dudar?

— ¡Ay Blondina! ¿por qué fuistes débil? por qué te uniste con un hombre á quien no podías amar?

— Por salvarte.

— ¡A mí! á mí salvarme con robar de mi corazón todas las ilusiones!

— ¿Conoces el carácter de mi padre? has tenido noticia de su vida en tiempos en que todas las noches desaparecian de la república media docena de hombres?

Una sonrisa de inteligencia vagó en los labios del jóven.

— Si supieras todo eso, prosiguió Blondina, estarías cierto de que cuando mi padre dice una cosa, aquella cosa sucede indefectiblemente.

— ¿Y bien?

— Cuando yo con ánimo sereno resistía á secundar sus proyectos sobre mi matrimonio, me dijo al oído: ¡Le asesinaré! y no pude menos de temblar y acceder á sus ambiciosos deseos, porque, tenía muy presente, Geminiano, mi padre te hubiera asesinado en efecto.

— ¡Y qué! exclamó Geminiano, ¿no me ha herido en el alma? y no es mas terrible una herida en el alma que en el corazón?

— ¡Dios mio! cuánto he padecido!

— ¿Acaso no te sabe apreciar Roberto en lo que vales?

— ¡Qué cruel eres, Geminiano! ¿Por qué pronuncias un nombre en este subterráneo que me hace estremecer? ¡Estremecer, sí! Porque cuando contemplé el amor que me profesa y el odio silencioso con que le correspondo, no puedo menos de pensar que Dios me va á castigar con muchas desgracias. Escucha Geminiano, tú no te puedes figurar lo horrible que es vivir al lado de

una persona que no amamos; lo tremendo que es tener que recibir los halagos y las sonrisas de un esposo que no inspira simpatías, pero á quien se las inspiramos con impetuoso fuego. ¡Oh! y verme en la precision de sonreírle cuando tu imagen ocupa de lleno mi pecho! y verme en la necesidad de admitirle en mi pabellón donde solo vagan para mí los recuerdos de tu amor! ¡Ah! no he podido contar un día feliz desde que me casé, á pesar de que Roberto, tan luego como nos trasladamos á su casa, procuró fascinarme con el brillo de sus riquezas y con la ostentacion de su lujo. ¡Imprudente obcecado! ¿No sabe que el amor no se desarrolla por medio de esas bagatelas de la vida? ¿No sabe que una mujer jamás despierta de su indiferencia sino por uno de sus poderosos caprichos? Un día mi marido entró en el pabellón con la eterna sonrisa de solícito amor en los labios, y dijo con su voz afable y casi humilde:

— ¿Habeis pasado buena noche, esposa mia? — Perfectamente, caballero.

Notad, Geminiano, que no le quise preguntar ¿y vos?

— Me alegro, esposa mia, contestó sin desconcertarse, porque lo que es yo, padezco atroces insomnios.

— ¿Estais indispuerto y no guardais cama? pregunté con cinismo.

— Es que mi indisposicion provenia de pensar en cómo os haria un regalo sin que me despreciaseis.

— ¡Yo despreciaros! ¡Bah! ¿pues no teneis un derecho omnipotente sobre mí?

Roberto no entendió el espíritu de mis frases, y hondamente alborozado, se apresuró á ponerme en las manos una preciosa cajita de ébano, con abrazaderas de oro, que traía bajo del brazo.

— Os ruego, amada mia, dijo con voz interrumpida, que acepteis este regalo que me hizo mi padre; es un tesoro.

— Le acepto: ¿qué mas deseais?

— ¡Si os complaciera que almorzásemos juntos!

— Esta mañana estoy indispuerta; padezco una aguda jaqueca, tengo escitados los nervios y desearia quedar sola.

Entonces mi marido ahogó un suspiro, y doblegando la frente salió de la habitacion.

— ¡Desprecio tus riquezas! murmuré; ¡este corazón que poseo, jamás se ablandará á tu voz!

Pasó fugaz el tiempo y sentí que pronto me iban á ligar á aquel hombre fatal nuevos lazos. Fui madre de dos hermosos gemelos, y creí que en lo sucesivo iba á ser menos infortunada, pues tenia ya dos objetos que constituian mi encanto, aliviando con su presencia mis lágrimas y dolores. ¡Esta risueña esperanza tambien se me frustró! ¡Ay! No bien bautizados, cuando me anunció Roberto que los gemelos habían muerto de una fuerte disenteria. ¿Cuándo me consolaré de esta pérdida? ¡Oh, Dios mio! ¿Por qué me habeis soltado de vuestra mano?

Geminiano tomó apasionadamente las suavísimas de la jóven, y clavando en ella sus brillantes ojos.

— ¿Con que tanto te atormenta, bella mia, la muerte de tus hijos?

— Eran mi alma, Geminiano.

— ¿Y qué serias capaz de hacer por recuperarlos?

— ¿Qué? ¿qué?

Los ojos de la jóven flagraban de entusiasmo; pero reponiéndose, añadió:

— Geminiano, ¡Dios sabe de lo que seria capaz!

— ¿Serias capaz de amar mas que á mí al hombre que te los devolviese?

— Sí, replicó la jóven bajando los ojos.

— Pues yo soy el único que puede darte esa felicidad.

— ¡Tú, tú!

Geminiano acariciaba con sus besos las manos de la jóven.

— ¡Vamos, Geminiano, no quieras atormentarme!

— No tal; ¡tengo tus hijos! lo oyes! tus hijos! Blondina se alzó del sillón como impelida por

un resorte, con los ojos desencajados, la boca entreabierta, el pecho palpitante y ardoroso.

— ¡De veras! exclamó; ¿tienes tú, de veras, mis hijos? cómo es posible que sea verdad, si dijo mi marido que habían muerto?

— Tu marido los había abandonado en el Procuratie, Blondina mia, llevado sin duda de la idea de martirizarte.

— ¡Pérfido! execrable! maldito Roberto! ¡Ah! cuánto le aborrezco, Dios mio!

— ¡Pero será posible que él mismo haya lanzado á esas calles á los hijos de mi corazón! ¡Mis hijos! añadió la jóven con febrilidad, ¡mis hijos! que yo creía muertos! ¡mis hijos! por quienes he vertido tantas lágrimas y exhalado tantos sollozos! ¡Mis hijos viven! Sí, viven, porque tú lo dices, Geminiano, y tú no querrias engañarme de un modo tan terrible.

— ¿Me haces una promesa, Blondina?

— Habla.

— ¿Me prometes no decir nada á tu marido acerca del descubrimiento que acabo de revelar?

Blondina titubeó.

— Te lo prometo, respondió al fin; pero tambien aseguro que sufriré indeciblemente.

— ¿Y si tuvieras á tus hijos?

— ¡Qué felicidad!

— Escucha, ángel mio, todavía es tiempo de que labremos nuestra ventura.

— ¡Ay! eso seria soñar con un mundo ilusorio.

— Al contrario, seria presentar á la imaginacion un horizonte de dicha posible. ¿Qué? si la muerte nos deshiciese de tu marido?.....

— ¡Nunca! nunca!.....

— ¿Luego le amas?

— Aborrezco el crimen que indicas, Geminiano; esa accion seria indigna de tu corazón y del mio.

El jóven no replicó.

Pero metiendo la mano en su seno, sacó un frío y afilado puñal.

— ¡Ves, Blondina! exclamó volviendo á esconder el arma, ¡ya sabes el medio que nos queda para ser venturosos!

— ¡Geminiano! murmuró la jóven con una seriedad que podría tomarse por espanto.

— Escoge, Blondina, cualquiera de los términos de este dilema: O muere tu esposo, á quien detestas, ó no verás mas á tus hijos, que tanto amas.

— ¡Oh! no te goces en mi dolor, Geminiano! porque entonces se desmentiria tu corazón siempre generoso y bueno. ¡Oh! dame mis hijos si no quieres verme espirar de pesadumbre!

— ¿Con que optas porque muera Roberto?

— ¡Eso no! ¡Un crimen!..... ¡Dios mio! Dios mio!

— ¡Ah! no tengo duda, ¡le amas!

Blondina acercó sus labios hasta la boca entreabierta de Geminiano como si quisiera fascinarle con su aliento, y en acento de irresistible verdad y entusiasmo, dijo en toda la estension de una febrilidad ardiente:

— Te juro por lo mas sagrado, Geminiano, que mi corazón es tuyo, mi alma tuya, y tuyo mi ciego amor.

Cual sojuzgado por aquellas frases, por aquel vibrante tono, por aquel aliento fogoso é incitativo, Geminiano bajó los ojos.

— Pues bien, murmuró, ¡cúmplase tu voluntad!

— Gracias, Geminiano, ¡qué noble eres!

— Si, puesto que me impedis perpetrar un crimen, ¡cúmplase tu voluntad! pero no olvides que intrigaré hasta que logre que cuelguen á Roberto de la veleta de su mismo castillo para que sirva de pasto á las aves carnívoras de Littorale, y puedas entonces exclamar, mostrándome con el dedo á la faz del universo: ¡Este es el hombre que yo adoro! Si, Blondina, hermosa mujer, ó mas bien ángel arrojado del cielo para consuelo de mi alma; querubin que anima con una simple sonrisa; soplo que enciende; á tí, Blondina, diosa púdica que subyuga cuanto abarca el fulgor de sus ojos; llama divina de amor que abrasa cuanto ilumina; flecha que prende cuanto

se le interpone; sí, yo juro, corazón mio, que algún día podrás repetir con inefable complacencia: ¡Este es el hombre que yo adoro! ¿No es verdad, sol mio, ráfaga de luz que esclarece las tristes tinieblas de mi alma; no es verdad que me adoras?

— ¡Que si te adoro! contestó la jóven en ese abandono tan encantador con que el amor suele espresar sus mas gratas emociones: ¿será posible que lo dudes un momento siquiera? La mujer que olvida á su ídolo, es porque nunca ha amado: es el amor en la mujer como una misteriosa herida que restaña insensiblemente; pero que jamás se cierra á los halagos de las manos que la ocasionaron. ¡Que si te adoro, Geminiano! y eso me preguntas!

El jóven se puso de rodillas ante la hermosísima Blondina, que complacida con aquellas demostraciones, sonreía destellos de lumbre, y repetía con un tono mágico, irresistible, celestial:

— ¡Mis hijos, Geminiano! mis hijos!.....  
— Te los devolveré, ¿estás satisfecha?  
— ¡Cuánto te amo! exclamó, ¡cuánto, Dios mio!

Hubo un momento de silencio borrascoso: los ojos de ambos se confundieron en una misma mirada, sus labios en una misma sonrisa, su corazón en un mismo latido.....

Pero Blondina, que reunió toda su fuerza por un supremo acceso de voluntad, se desenredó de los brazos de Geminiano, orgullosa con su propio triunfo.

Después subió con precipitación la escalera.

— ¡Adios, mi bien! exclamó el jóven.

Y no trascurrió un instante, cuando, mientras que Blondina volvía á su dormitorio, Geminiano subió también la otra escalera, y destacó la mitad del cuerpo en el jardín.

Nadie le observaba.

La luna se ocultó tras las nubes que manchaban el azul del cielo, y el jóven pudo saltar al jardín sin recelo de ser sorprendido.

Dejó caer el escotillon, echó tierra encima que pisoteó para que no se conociese solución de continuidad, colocó sobre ella la baldosa de mármol y el rosal de Bengala, é internándose en el parterre, luego en la plazoleta y después en la calle de tilos, se entregó á las siguientes reflexiones:

A él le quito los hijos y á ella debo matarle su esposo. Sí..... no vacilaré, ya que un día no vacilaron tampoco para destrozarme el corazón..... ¡Ah! la perpetración de una escelente y sabrosa venganza estriba en los rodeos que se tomen; ciertamente que no es la mas deleitosa venganza decir; ¡soy tu enemigo te mataré! y matarle con efecto; sí, ciertamente; mas se goza en la *curva*..... eso es, la curva por lema; matar dos pájaros de un solo flechazo.

Iba embebido en esta ominosa y sangrienta reflexión, cuando vió brillar dos ojos á través del ramaje de un pequeño y pomposo tilo.

— ¿Quién va? gritó estentóreamente.

— Castell: ¿no me conocéis? respondió el criado.

— ¡Diantre! creí que estabais á caza de asuntos que no os importa conocer.

— ¡Yo signor! mi lealtad no me lo permite. La señorita me dijo un día que me necesitaba sin lengua y sin ojos, y desde entonces ni hablo ni veo.

— Bien, bien; ¿ha podido observarme alguno?

— Nadie, signor.

— ¿Y su marido?

— Viendo jugar el chaquete á su padre y su suegro.

— ¿Créis que ha podido sospechar?.....

— ¡Ay signor! respondió el criado con embarazo, ¡el amor es una venda demasiado espesa para el entendimiento!

Y adelantándose un paso, abrió con sigilo la puerta del jardín.

— ¡Id con Dios, murmuró.

El jóven puso un pié en el umbral y se lanzó á la calleja.

— ¡Oh miserable de mí! exclamó el criado cerrando la puerta, ¡soy un miserable! ¡Esto no puede durar así mucho tiempo!

## CAPÍTULO IV.

### EL PUÑAL.

Geminiano, con el cerebro henchido de terribles ideas, se dirigió á la plaza de San Marcos.

Al fondo depravado de su corazón se unían los vehementes deseos de venganza, esa pasión que es el cauce de todos los malos instintos, y así es que caminaba con gusto bajo la influencia de los mas horribles proyectos.

Sacó con velocidad un pañuelo, le hizo dos agujeros, y poniéndoselo al rostro en forma de antifaz, se dirigió hácia la suntuosa casa del antiguo Dux, que vivía en compañía de su hijo.

Un instante después dió tres golpes en la puerta principal.

Sintióse ruido dentro, y á poco el portero abrió con silencio una de sus hojas.

— ¿Quién sois? preguntó.

— ¡El enmascarado! contestó Geminiano.

— ¡Por vida de Baco! insistió el portero ¿con que no he de tener el gusto de veros el rostro, signor?

— Este bolsillo atestado de oro da el rostro por mí: ¿es lo que habíamos convenido!

— Bien, bien; ¡podeis, signor, pasar cuando querais!

Geminiano se deslizó dentro.

— Pero, añadió el portero cerrando la puerta, ¿qué pensais hacer?

— ¡Pse! ¿No os lo dije? ¡Sorprender al antiguo Dux en su lecho, y ganar la apuesta, por vida de!.....

— Subid la escalera principal, empujad una puerta, pasad un salon, y en el gabinete cuyo balcon da al jardín, encontraréis roncando al buen viejo.

Y el portero, volviendo la espalda, se metió en su chiribitil con objeto de contar las monedas de oro que contenía el bolsillo.

En tanto Geminiano subió la magnífica escalera con paso firme y seguro. Empujó luego una puerta, pasó un salon, y tomando una pequeña lámpara que ardia tranquilamente, penetró en el gabinete ocultando la luz con la espalda.

El corazón de Geminiano principió á latir con violencia á manera que si quisiera saltar de su cavidad.

Hubo un momento terrible en que no pudiendo contenerse, y temiendo ser descubierto, retrocedió al salon y principió á respirar con toda la fuerza de sus pulmones.

Daba pavor mirarle.

Sus cabellos se crispaban, desencajábanse sus ojos, denso sudor brotó de su frente velada de negras ráfagas, y con la boca entreabierta y el aliento suspendido avanzó otra vez al gabinete.

Veíase en una de sus estremidades y en frente de las ventanas de un balcon un elegante y riquísimo lecho.

Se acercó á él Geminiano de puntillas, y temolando un agudo puñal, después de descorrer en silencio las cortinillas, se inclinó convulsivo sobre el lecho.

El antiguo Dux dormía con el sueño reposado del anciano tan parecido al de los niños.

Nada se oía en la estancia.

Nada mas que el corazón de Geminiano que resonaba dentro del pecho.

Nada mas que el aliento del anciano al salir casi imperceptiblemente á sus labios contraídos por una sonrisa indefinible.

Geminiano levantó el brazo; pero faltándole el valor, retrocedió un paso asustado.

Luego animándose á sí mismo con las mas tremendas reflexiones, volvió á aproximarse.

Su corazón parecía haber enmudecido de repente.

Envueltos los ojos en una nube de fuego, con la sed en los labios descoloridos, desgreado el cabello, y escitado por un leve temblor, Geminiano, alzando la lámpara de modo que iluminase de lleno el fondo del lecho, aplicó la punta del puñal al agitado corazón del anciano, que abrió los ojos despavoridamente.

— ¡Mi venganza! murmuró Geminiano apretando los dientes horriblemente.

Un gemido siguió á estas frases.

Después nada....

La habitación quedó en la mas completa oscuridad, tremenda imágen del caos en que solo se percibía un ruido monótono, misterioso, como si cayesen sobre el pavimento enormes gotas de sangre.

Geminiano ganó con rapidez la escalera, dando dos vueltas á la llave de la puerta salió á la plaza de San Marcos.

En dos minutos desató una góndola, y remando con velocidad, llegó á una casa de pobre apariencia.

Un criado volvió á amarrarla, y Geminiano penetró en la casa con semblante casi risueño, aunque desencajado y pálido.

Pasose sobre un pupitre, y tomando una pluma, escribió el siguiente anónimo.

«Un amante de la rectitud, un esclavo de la justicia os avisa enterado por uno de esos soliloquios que suelen tener en medio de sus vértigos los criminales poco antes de asestar el golpe, os avisa, repito, del gran riesgo en que está la vida de signor Frari, llamado el antiguo Dux, aludiendo á la terrible sentencia que dictó contra el célebre conspirador Marino.

«Lo mas tremendo, lo que asusta en extremo, es que su hijo, ahogando los sentimientos mas tiernos y preciosos que Dios hizo connatural en el corazón, deseoso de heredarle, maquine contra sus augustos dias.

«Si os dais prisa, tal vez le cojais con puñal en mano; quizá revolcándose la víctima á sus piés.

«¡Ojalá que haya retrocedido en sus horrendos pensamientos! ¡Ojalá que la sociedad no vea tan inaudito desastre, porque toda ella se levantará con un grito de indignación, fulminando la muerte sobre el detestable parricida!»

Geminiano cerró el anónimo en forma de carta, y llamando un criado, le encargó que echase aquel papel en el buzón de los Leones.

El alba principiaba á teñir de jacintos y pura las tranquilas aguas del canal.

(Se continuará.)

## VIAJE Á ALEMANIA

Y Á LAS EMOCADURAS DEL DANUBIO POR MUNICH, EL PAIS DE SALTZBOURG, VIENA Y LOS PRINCIPADOS.

— Vuelta por Constantinopla, Atenas y Trieste. —

(Continuacion.—V. el núm. 16.)

Pero yo sé de personas, es verdad, que tienen que pagar muy caro en los hoteles, y que ponen toda su vanidad en ponderar la cifra fabulosa de sus gastos.

Ahora bien; como yo os conceptúo mas sabio, y no menos deseoso, segun lo soy, de estar bien en todas partes y de encontrar en viaje lo escelente y el bien estar que teneis en vuestra casa, y como por último no os supongo (de una manera absoluta) ni príncipe ruso, ni diplomático, ni agente de cambio, buscad, segun yo lo he hecho siempre, en los puntos pequeños, el hotel mas bello: este es casi siempre el mejor y el menos caro relativamente, y aun algunas veces es el único, escelente motivo para no buscar otro. En las grandes ciudades evitad con el mismo cuidado lo espléndido, donde no se llegue ordinariamente sino en carruaje de posta ó propio, y los hoteles donde duermen, ó abundan los viajeros industriales, de negocios, y toda aquella gente vulgar, fastidiosa y familiar, con los que es bueno no usar sino la mayor reserva. Tomad el hotel mediano, el de los verdaderos..... donde van los rusos y los ingleses que viajan solos.

Ellos son nuestros maestros en este arte difícil de arreglar su vida fuera de la casa propia. Desconfiad, sobre todo, del guía ó del cochero, que á vuestra pregunta de conducirlos á tal punto os conteste: «Pero, señor, ese hotel es muy malo;» ó bien «no hay otro» ó «no es digno de V.»



..... ¿Con que no he de tener el gusto de veros el rostro, signor? (Pág. 280, col. 2.ª).

Mandad al punto que se os conduzca, y guardaros de juzgar por vos mismo, y de apreciar la exactitud de los informes.

Así hice al llegar á Viena, ciudad buena que habia visitado tres años antes, y que iba á volver á ver con todo el placer que se experimenta al volver á encontrarse con una antigua relacion. Si no me creéis, pues, bajad conmigo al hotel del Loup Blanc, Zum Weissen-Wolf, en alten Markt Strasse, de otra manera, calle del Viejo Mercado, á veinte pasos de la casa de postas, muy cerca de Burghor, y punto desde donde en algunos minutos ganaréis la parte mas concurrida de la ciudad ó el barrio de Leopoldo. Allí estad seguros de tener, con condiciones razonables, habitaciones servidas con cuidado, una asistencia delicada y diligente, una mesa muy buena, tres condiciones indispensables para viajar.

CAPITULO VI.

Viena.—La ciudad y sus habitantes.—La corte y familia imperial.—Principales monumentos.—Las bellas artes y los teatros.—Los paseos de esplanada, y los barrios.—El Prater.

«De no vivir en Paris, querria habitar en Viena:» estas palabras las habia oido decir varias veces, y las creia poco. Veia en ellas una de esas exclamaciones irreflexivas, inspiradas por la última sensacion que se experimenta al viajar, y que no son verdaderas sino en el momento en que se nos escapan. Hoy dia divulgo esta frase comun con verdadera conviccion; yo he estado tres veces en Viena, en el intervalo de muchos años; antes y despues he visitado casi todas las capitales de Europa, y no hay una que tenga para mí tan buenos recuerdos, ninguna que hayapo-

dido como ella reproducir en mi alma, la fascinacion que experimentaron un dia los compañeros de Ulises. Feliz al menos por haber escapado de aquella influencia seductora, he guardado para la patria el culto un poco egoista que nosotros los franceses llevamos siempre con nosotros, y que tarde ó temprano nos hace volver al foco paternal.

Pero comprendo á los que obligados á espatriarse, han hallado en Viena casi el olvido de sus penas, y encontrado en esta ciudad hospitalaria las afecciones del corazon y las ocupaciones de la inteligencia. En Lóndres no vive bien sino el industrial y el comerciante. El alma se destruye allí prontamente bajo un cielo nebuloso y en la atmósfera espesa de aquellos oficios donde la cifra sola tiene un valor; donde se le pregunta al hombre, no por lo que es, sino por lo que vale; donde pasareis veinte años, aislado, abandonado entre la industria, que no tiene tiempo de ocuparse de vuestra persona, y la aristocracia que os desdeña. En Berlin, en San Petersburgo, si sois empleado, si teneis una graduacion militar ó civil, un uniforme abrochado hasta el cuello, un cinturon con franjas, ó una charretera, se os dará justamente la parte de atencion que corresponde á vuestro grado de gerarquía; tendreis la gran honra de un puesto en la parada y en las grandes revistas; pretender otra cosa, seria locura. La sociedad, espejo fiel de los gobiernos absolutos ó militares, os da la palabra de orden, y pase para entrar en sus salones, pero nada mas.

En Viena al menos, la vida es mas libre, mas agradable; las formas adoptadas por la aristocracia austriaca, las tradiciones de la etiqueta se gastan allí muy pronto por el roce, con el cosmopolita llegado de los cuatro puntos del horizonte. Allí como en Paris, lo que se ve de mas

raro es un indigena. Cada uno trae sus costumbres y sus gustos, aceptándolos y cambiándolos bien pronto. He aquí cabellos negros y ojos de fuego, costumbres valacas, turcas y griegas, vocablos de todas lenguas, cafés donde se fuma, el chibouk y el narjuillé y donde el mozo mas humilde contesta á la vez en tres ó cuatro idiomas, parece hallarse uno en los confines de ambos mundos, y que el Austria, alemana por su posicion geografica, slava por la raza, italiana por las aspiraciones, se inclina cada vez mas hácia el Mediodia y torna sus miradas al sol.

Viena es la antigua ciudad de los Vindeas, cuyo origen es comun con los Venetos y los Vándalos, y de los que el dialecto ha quedado usándose en las provincias de la Styria y de la Carniola, en Carintia y en Croatia, edificada á la orilla derecha del Danubio; pero algo distante del rio, no tiene como las grandes capitales ese carácter imponente que de lejos se anuncia por un puerto ó muelles, por la grandeza de sus monumentos ó el poder aparente del comercio.

El rio dividido por debajo de Kloster neubeirgo en una multitud de brazos, no deja á la derecha sino una corriente estrecha y poco rápida, y se va por el otro lado del Prater y las numerosas islas que envuelve, bañan la gran llanura de la Moravia ó el Marchfeld. Por debajo de la Lobau es por donde todas estas aguas se reunen, pasan por un mismo lecho, y de esta manera toman su importancia. De aqui resulta que la navegacion está casi interrumpida en tres ó cuatro leguas, como el puente de Viena es ancho casi como uno de los puentes de la ciudad de Paris en la orilla izquierda del Sena; y allí, á orillas del rio, no hay sino algunos establecimientos de baños, abrigos de pescadores y botes para pasearse.

Viena, en otro tiempo capital de la *Pannonia*, no era aun mas que un pueblo cuando *Augusto* fundó allí una colonia, haciéndose una estacion militar.

Bien pronto el humilde *Vindobona* fué enriquecida por los Césares y habitada por muchos de ellos; acogió á *Trajano*, vencedor de los *Dacos*, y vió morir á *Marco Aurelio*. En el siglo x, era ya la primera ciudad del ducado de Austria, y su fortuna fué siempre en aumento hasta la época en que el imperio germánico quedó definitivamente en la casa de Hapsburgo.

Los principes de aquella familia la habitaron poco tiempo sin embargo, y prefirieron la estancia en *Lintz*, ó en las agradables comarcas del *Tyrol*. Hasta principios del siglo xviii no fué cuando se decidió la suerte política de Viena. Carlos V la habia dejado sin pena á su hermano Fernando. Este, heredero de los tronos de Bohemia y de Hungría, tomó á Viena por punto central, y su raza principió desde luego á brillar con aquella infatigable perseverancia que jamás se ha desmentido. Viena, entonces como hoy dia, ocupaba un pequeño espacio rodeado de altas murallas, cortado por estrechas calles, y no ofreciendo para recrear la vista sino las pendientes cubiertas de esplanadas, y el verde paseo de *Graben*, donde el ojo busca en vano los hermosos árboles que le habian hecho su celebridad: era, en toda la acepcion de la palabra, una plaza fuerte, erizada de torres y circundada de fosos, muy á propósito para resistir por allí los asaltos de Hungaros y Turcos. Mas tarde, cuando llegó el siglo xviii, el genio de María Teresa, el alma inquieta y móvil de José II, y las ideas artisticas de los principes de la casa de Lorena, tomando de Italia, empezaron á trasformar la ciudad. Al quitarla su coraza de piedra, se creó á su alrededor treinta ó cuarenta barrios, que se esparcieron en un círculo inmenso. Los de la orilla izquierda, verdaderos pueblos comerciales é industriales, hacen recordar la actividad y animacion de nuestros barrios mas poblados; los de la derecha, construcciones mas recientes, ofrecen las hermosas perspectivas de *Leopolds-strasse* de *Augarten*, cerca del embarcadero del camino de hierro de Bohemia y de Moravia, tocando con las verdes praderas del *Prater*, y sus grandes paseos plantados de cañas y viejos castaños. Poco a poco la aristocracia emigra de allí, y deja á la ciudad, donde el aire le falta, donde el ruido la deja sorda, por aquellas largas calles con anchas aceras, y que toman las flotas de una poblacion siempre nueva. La ciudad aun conserva, á pesar de esto, su antigua dignidad magistral; allí, en un corto espacio, se hallan agrupados el palacio del emperador, los de los ministros, los establecimientos públicos, los palacios de los archiducos, las iglesias, arsenales, bibliotecas y embajadas; allí es donde se eleva la basilica de San Esteban, guardiana de las tradiciones gloriosas de lo pasado y venerable protectora del imperio, tan célebre en la historia como lo fué en las leyendas populares. De lo alto de su campanario, que no tiene rival sino el de *Murctter* de *Strasburgo* y la torre por concluir de *Colonia*, la vista abraza un horizonte de ochenta leguas, las cúspides del *Simmering* con las cumbres de la Bohemia, las cubiertas pendientes del *Kalemberg* con las inmensas llanuras de *Comorn*. De allí es como los habitantes de Viena, al ruido de las campanas que tocaban á vuelo, saludaron con sus aclamaciones al ejército libertador de *Sobieski*, el 11 de setiembre de 1683, y que mas tarde, sus descendientes, maravillados y entristecidos á la vez, vieron desfilar por el *Burgthor* y por la puerta de *Carinthia* las legiones victoriosas de un conquistador mas terrible que *Soliman* y sus genizaros.

Viena ha conservado á los ojos de sus habitantes un carácter sagrado, y la nacionalidad austriaca resume en este paladion su gloria y libertad. Aun cuando la suerte se complaciera en humillarlos y hacerles soportar las mas rudas pruebas; aun cuando la ciudad bien apreciada estuviese en poder del enemigo, los Vienianos tendrían fé en el porvenir, y opondrían á la adversidad la obstinacion invencible de los que sa-

ben esperar. Este es, al cabo, el carácter mas ingenioso de la casa de Hapsburgo, y la historia nos la muestra sufrida y resuelta, marchando á sus fines con una admirable constancia, y no estando nunca mas próxima á elevarse y engrandecerse que cuando se la cree abatida.

Sin embargo, al lado de estos rasgos que dominan en el tipo Vienoes, es necesario admitir que una mezcla continua de razas slavas, italiana y griega ha debido partir sobre la fisonomia y dejar allí su impresion. De aquí aquella variedad en la sangre, aquella movilidad de espíritu, aquella vivacidad de lenguaje y modo de andar que dan á Viena tan poca semejanza con las demas ciudades de Alemania. En general el habla es rápida, incorrecta y figurada, los trajes no son, como en Berlin, en Munich, ó Dresde, aquellas modas exageradas que tanto agradan á los alemanes del Norte: la seda de color subido llama la atencion de la vecina Italia, y el pequeño pié de las Vienesas no es uno de los menores adornos de su persona. Vedlas pasearse por el *Graben*, pasar rozando con sus anchas *crenolinas* las ricas puertas de los almacenes, ó detenerse para tomar helados en el elegante pabellon que ocupa el extremo izquierdo de la plaza. Se creeria desde luego en alguna ciudad de Italia, ó de España, pudiéndose además comparar el *Graben* al sitio mas elegante de nuestros bulevares. El *Graben* puede considerarse como el centro de Viena: de allí parten las largas y pobladas calles que atraviesan los cuatro grandes barrios de la ciudad: las calles mas importantes son la *Singer-Strasse*; el *Kohtmarkt*, el *Hereu-Strasse*, el *Wolzeil*, etc.

(Se continuará).

## SECCION RELIGIOSA.

### LA RESURRECCION DE CRISTO.

#### EFEMÉRIDES RELIGIOSAS.

«He resucitado, y vedme aquí entre vosotros todavía. ¡Aleluya! Habeis estendido sobre mi vuestra mano. ¡Aleluya! Vuestra sabiduria ha brillado magnificamente. ¡Aleluya! ¡Aleluya!»

»Señor, me habeis puesto á la prueba, y me habeis conocido. Habeis conocido mi reposo en el sepulcro, y mi Resurreccion.»

Por estas palabras del profeta real, se anuncia en el intróito romano el misterio y la solemnidad de la Pascua. La Pascua es la solemnidad por excelencia, la fiesta patronal del cristianismo, el dia que hizo el Señor. Entonces cesan los cantos lugubres; desaparecen las ropas de luto; el altar, despojado de sus adornos, vuelve á engalanarse; las velas apagadas vuelven á encenderse; los ministros se despojan de sus ornamentos negros, y las campanas, que habian permanecido en silencio en lo alto de las torres de los templos cristianos, vuelven á empezar su alegre concierto. A los acentos de maldicion y de tristeza que la Iglesia tomaba de los profetas de la ley antigua, suceden las sencillas narraciones de los evangelistas y los cantos de gratitud. ¡Aleluya! esclama el linaje humano todo entero, arrancado del sepulcro del pecado. ¡Aleluya! Ya verdaderamente á esta hora todo está consumado. La grande obra de la regeneracion llega á su término: el cielo está abierto. El infierno está domado; la muerte está vencida; la esperanza está asentada sobre una base inmortal. Cristo ha resucitado: su Resurreccion es el triunfo de Dios, el triunfo de la Iglesia, el triunfo del cristianismo. Este gran misterio nos enseña que para merecer los cielos, debemos resucitar del pecado. Este es el dogma mas importante del catolicismo. Una palabra de San Pablo va á hacernos comprender la alegría de la Iglesia en este dia, manifestándonos de una manera enérgica y verdadera la importancia de la Resurreccion de Jesucristo, su misma necesidad.

«Si Cristo no hubiese resucitado, nuestra predicacion seria vana, y vana nuestra fé. Si *Christus non resurrexit inanis est predicatio nostra, inanis est et fides nostra.*»

Sin la Resurreccion, la Iglesia no hubiera sido posible, hubiera espirado, porque la hubiera faltado la última prueba, y, por decirlo así, el sello divino con que puede marcar sus palabras, sus mandamientos, sus sacramentos. Si Jesucristo hubiese faltado un solo instante á la incesante demostracion de su divinidad, el cristianismo hubiera sido, á lo mas, la filosofia de algunos corazones generosos, y á pesar de los esfuerzos aislados, su doctrina, desnaturalizada muy pronto en su letra, su espíritu y sus consecuencias, hubiera perdido toda su fuerza moral, y no hubiera podido luchar largo tiempo contra los sentidos revelados, contra la ciencia desdeñosa, contra la opinion rechazada, contra el mundo en fin; es decir, contra las pasiones y el egoismo. El cristianismo celebra la Resurreccion, el cristianismo es la Iglesia. Este es el dia que ha hecho para él el Señor, y es tambien el dia del cristianismo, el dia de la Iglesia. El Divino esposo ha entrado en el lugar de su descanso, y la esposa se ha revestido del oro mas puro.

Por eso el apóstol San Pablo exclamaba: «Cristo ha resucitado de entre los muertos. La muerte ha sido absorbida y anonadada en esta victoria. ¿Dónde está, ¡oh muerte! tu victoria? ¿Dónde está? ¿Qué has hecho de tu fatal aguijon?»

Estos poéticos pasajes de los libros sagrados son maravillosamente propios para esplicar la alegría de la Iglesia en este gran dia. La casta esposa habia derramado lágrimas muy amargas sobre su triste viudez. El esposo, al cabo de tres dias, sacude el polvo del sepulcro, se lanza de él radiante, llevando en su mano, todavía apenas cicatrizada, el *Labarum* de su triunfo. ¿Dónde están esos doctores, esos escribas, esos fariseos burlones que decian á Jesus clavado sobre la cruz: Si eres el Hijo de Dios, muéstranos tu poder y baja de la cruz? ¡Insensatos! Ha hecho todavía mas: vuestra loca rabia, vuestro ciego furor no podia pedir un prodigio mas brillante que aquel por el que el Salvador hubiera podido sustraerse á la muerte. Ha sufrido esa muerte: la piedra del sepulcro ha cubierto su cuerpo; intrépidos centinelas han velado para que los discípulos no arrebatasen su ensangrentado despojo. Pero ved que apenas la aurora del tercer dia ha iluminado el horizonte, cuando ni la piedra, ni los guardias pueden detener el impulso de aquel vencedor de la muerte. Cristo resucita; se muestra á las santas mujeres, despues á algunos discípulos, despues, todavía, a todos los apóstoles, y en fin, á mas de quinientos de aquellos generosos hombres que se habian hecho dignos por su perseverante docilidad de seguirle antes de su muerte.

La festividad de la Pascua se remonta á la cuna del cristianismo. Empero, en el principio no hubo uniformidad completa en el modo y tiempo de celebrarla en todo el catolicismo. La Iglesia latina la habia fijado en el domingo que seguia al dia 14 de la luna de marzo, despues del equinoccio de la primavera. Los cristianos del Asia Menor celebraban la Pascua en el mismo dia en que caia esta luna. Por eso se llamaba *Cuarto decimans*. En el siglo iv, el papa Victor tuvo un concilio en Roma, y allí se declaró que los que no siguiesen para la celebracion de esta fiesta el uso romano, serian separados de la unidad católica. Desde aquel tiempo la regla ha sido invariable. Empero, ¿por qué este dia, mas bien que cualquiera otro?

Era ciertamente importante que esta festividad de las festividades, como la llamaba San Gregorio el Grande, fuese solemnizada en el dia mismo en que se habia verificado aquel gran suceso. Jesucristo resucitó el domingo siguiente al dia 14 de la Luna de *Nisam*, ó de marzo. Era preciso evitar además encontrarse con los judios que celebran su Pascua ó conmemoracion del misterioso paso del mar Rojo en aquel mismo dia 14 del mes de *Nisam*.

Las iglesias orientales aun separadas del centro de la unidad, solemnizan las Pascuas como las católicas. Entre los griegos, en este dia y los dos siguientes, cuando se encuentran en la calle, el saludo consiste en estas palabras: «*Christos*

*Anestii*: Jesucristo ha resucitado.» La persona saludada responde: «*Atethos Anestii*: verdaderamente ha resucitado.» Despues los dos interlocutores se abrazan y se separan.

Durante muchos siglos la semana de la Pascua toda entera era de fiesta. Estaba prohibido todo trabajo, y emprender viajes en ella. Las poblaciones se agolpaban en el templo santo para entregarse á una santa alegría. Mas tarde solo el lunes y el martes de esta semana fueron dias festivos, los demás fueron dias de trabajo. Pero si la disciplina exterior ha experimentado estas mudanzas, el espíritu de la Iglesia ha permanecido siempre el mismo. Cada dia de esta semana tiene su misa particular. Los evangelios refieren las diversas apariciones del Salvador resucitado. Los obispos y los sacerdotes se revisten de ornamentos blancos. Este color es el emblema de una santa alegría.

Muchos autores del siglo XIII cuentan los diversos usos observados en varias iglesias, y en la de España en el santo dia de la Pascua. No se comia nada que no hubiese sido santificado por las bendiciones de la Iglesia: las gentes en aquella época se cortaban el pelo y la barba, en señal de separarse de los vicios, y despojarse del hombre viejo para revestirse del hombre nuevo. Mil prácticas de este género podríamos citar que prueban que en aquellos siglos de la fé viva, la religion era el alma de todas las acciones, y presidia á todos los actos de la vida civil.

En la edad media, en ciertas iglesias se representaba una especie de dramas sagrados en la mañana de este dia, dramas sencillos en que se figuraba la Resurreccion del Salvador, y se llamaban *misterios*. Muchos de ellos estaban escritos en latin, y terminaban siempre con el *Te Deum* y una procesion que se hacia por la mañana, la cual se conserva aun en algunas iglesias. Hoy se han suprimido estos dramas sagrados, y en su lugar se cantan los maitines y laudes del dia de Pascua, en presencia del Santísimo Sacramento espuesto en el Tabernáculo.

Nada en la religion es insignificante ni estéril. Todas las solemnidades risueñas ó alegres, todas tienen su voz; todas tienen sus enseñanzas. Las fiestas son como otras tantas paradas en que el corazon y el entendimiento deben detenerse para contemplar y gustar las verdades eternas; son como alturas desde cuya cima debe el peregrino tender sus miradas á lo lejos para preveer los escollos de que está sembrado su camino. Por medio de estas conmemoraciones, tristes ó consoladoras, es como se despierta la fé; como se consolida la esperanza; como se inflama el amor; como todas las virtudes se reavivan, en fin, y robustecen. Quiténsele sus fiestas á la religion, y quedará reducida á una seca y árida teoria. Pronto la mente tan versátil del hombre habrá olvidado ó confundido dogmas abstractos, que ninguna forma exterior le hará sensible, y su fé morirá de languidez, como una lámpara sin aceite, como una planta privada del aire. A los que critiquen las costumbres religiosas de la edad media en esta festividad, les preguntaremos solamente, ¿qué hemos ganado nosotros con nuestra prosaica y funesta indiferencia?

*Efemérides*.—17 de abril de 168. Muerte del papa San Aniceto.—Gobernó la Iglesia de Roma durante once años, y padeció el martirio durante la guerra de persecucion en el imperio de Marco Aurelio.

18 de abril de 1506. El papa Julio II colocó la primera piedra de la Iglesia de San Pedro de Roma.

20 de abril de 1314. Muerte del papa Clemente V. Era francés y antiguo arzobispo de Burdeos. En su pontificado fué trasladada la Santa Sede desde Roma á Avignon. La mansion de los papas en Avignon duró setenta y dos años, desde 1305 hasta 1377. Ya hemos dicho en otro número que este periodo, calamitoso para la Iglesia, fué llamado la Cautividad de Babilonia.

29 de abril de 1743. Muerte de Lesueur, gran pintor francés, autor de los 27 cuadros que componen la galería de San Bruno, que se admira en el Museo del Louvre, y que pintó estando retirado en la Cartuja de Paris donde habia encon-

trado un asilo, cuando tuvo que huir por haber muerto á un hombre en desafío. Hay otra galería de San Bruno debida al célebre pincel del Carducho, y que existe en los claustros del ex-convento de la Trinidad, hoy ministerio de Fomento, recogido de las Cartujas suprimidas. Esta galería es mas superior á la de Lesueur, que tanto se glorian los franceses.

EL CONDE DE FABRAQUER.

## SECCION CIENTÍFICA.

### LECTURAS CIENTIFICO-INDUSTRIALES.

Accion del calor sobre los cuerpos.—Calefaccion de los cuerpos sólidos: hornos ó vasos en los cuales se efectúa.—Calefaccion de los líquidos: aparatos con los cuales se consigue.—Alambiques; calderas de evaporacion; evaporacion en el vacío.—Generadores de vapor: aparatos de seguridad en los mismos: calderas para máquinas de vapor fijas; para buques y locomotoras: manómetros, válvulas de seguridad, aparatos de indicacion y de alimentacion.—Calefaccion por medio del vapor.

Al esponer los cuerpos á la accion del calor, pueden obtenerse dos resultados importantes: ó el de elevar su temperatura, modificando de una manera, mas ó menos notable, su constitucion, ó el de cambiar por completo su estado físico; y como los cuerpos se presentan bajo tres estados distintos, al someterlos á la accion de un hogar, pueden allegarse, considerando la cuestion á que nos contraemos bajo un punto de vista general, cinco resultados diversos: 1.º la calefaccion de los cuerpos sólidos; 2.º la reduccion de los sólidos al estado líquido; 3.º la calefaccion de los líquidos; 4.º su trasformacion en vapor, y 5.º la calefaccion de los gases.

La simple calefaccion ó coccion de los sólidos, se efectúa en general en hornos construidos de ladrillos y materiales refractarios: citemos como ejemplos los hornos que se emplean para tostar los minerales; los que se utilizan para cocer el pan; los hornos en los que se preparan las cales, los yesos y otros muchos, aplicables á distintas y numerosas operaciones industriales, que fuera prolijo enumerar. Los aparatos que se emplean para esponer los sólidos á la accion del fuego, no solo para elevar su temperatura y modificar su constitucion, sino tambien para recoger materias en ellos contenidas, pero que se licuan ó volatilizan por la accion del calor, deben diferenciarse forzosamente en su construccion de los aparatos á que nos hemos referido al principiar este párrafo. Así, por ejemplo, si efectuamos la calcinacion de la hulla, y solo es nuestro intento fabricar el coke, ese combustible que da vida á las locomotoras que recorren los caminos de hierro, dejamos perder los gases que se desprenden al llevar á cabo la operacion, y esta se efectúa al aire libre, ó bien en hornos construidos con ladrillos. Por el contrario, si al calcinar la hulla deseamos recoger los gases ó las materias volátiles que contiene, cual acontece al fabricarse el gas que se emplea para el alumbrado público y privado; en este caso la construccion de los aparatos en que se lleva á término dicha fabricacion, son muy diferentes, y para describirlos seria preciso enumerar y dar á conocer los diversos mecanismos que actúan en las fábricas de gas.

No menos variados y distintos son ciertamente, por sus formas y dimensiones, los receptáculos que se utilizan para conseguir la calefaccion de los líquidos; pues si bien es cierto que como regla general se construyen aquellos de pláncas de hierro y cobre y de hierro fundido, tambien es evidente que no existe identidad de ninguna clase, entre una caldera de las que se usan en las fabricas de jabon para calentar las lejías, y los aparatos en que se eleva la temperatura del agua que se emplea en los baños públicos.

Los mecanismos mas interesantes y dignos de estudio son los que con distintos fines, efectúan la trasformacion en vapores de los líquidos. Estos pueden presentarse á la accion de un hogar segun tres puntos de vista, completamente diversos: un líquido se *destila*, cuando queremos despojarlo

de ciertas sustancias fijas que para volatilizarse requieren temperaturas mas elevadas que las que originan la trasformacion en vapores de las sustancias que se aislan; un líquido puede purificarse por medio de la *evaporacion*, de las materias sólidas que contenga en suspension; un líquido, por último, puede reducirse á *vapor*, bien para ser en este estado agente de calefaccion, ó para emplear como esfuerzo motor su elasticidad. Guardando relacion con los tres puntos de vista bajo los cuales puede aplicarse á las operaciones industriales, la conversion de los líquidos en vapores, existen tres clases de aparatos, que vamos á clasificar y á describir con la mayor brevedad posible.

Los mecanismos para destilar, ó *alambiques*, constan de dos órganos esenciales: el primero, denominado la *cucurbita*, es el vaso metálico en el cual se introducen las sustancias que han de reducirse á vapor, por la accion del hogar; el segundo es el *serpentin*, que consiste en un tubo cilindrico de metal, que afecta la forma de una hélice, y que se encuentra sumergido en el agua que encierra el receptáculo que lo contiene. La parte superior de la cucurbita comunica por medio de un tubo con el serpentin, y los vapores que se originan en el interior de esta, pasan al serpentin por el cual circulan, y se condensan al contacto del agua fria, que no cesa de renovarse en el receptáculo que contiene aquel.

Los aparatos que se emplean para *evaporar* los líquidos, afectan disposiciones distintas, segun se efectúe dicha operacion, al aire libre, por la accion combinada de la temperatura y del aire, ó bien por último, cuando se verifica la evaporacion en el vacío, sistema que se practica en las fábricas de refinacion del azúcar, impidiendo así el contacto del aire con los jarabes, que tiende á producir su fermentacion.

Se denominan *generadores de vapor*, ó *calderas de vapor*, receptáculos metálicos cerrados, en los cuales por la continuada accion del calorico se origina una cantidad de vapor que se utiliza como agente motor, ó como medio de calefaccion. El vapor que producen las calderas que nos ocupan, reconoce una presion superior á la de la atmósfera, y por lo mismo necesitan estos aparatos varios mecanismos de seguridad, así para indicar la presion á que actúan, como para dejar escapar el vapor cuando su presion escede de la normal, y para mantener casi constante el nivel del agua que contienen. Pueden presentarse tres tipos diversos de calderas: las que prestan el vapor que producen á las máquinas de vapor fijas que actúan en los establecimientos industriales; las que alimentan de vapor las máquinas que ponen en movimiento las ruedas de paletas y las hélices, ó sean los mecanismos propulsores de los buques, y las que forman parte integrante de las locomotoras que corren por los caminos de hierro.

Los aparatos de seguridad con que deben contar las calderas de vapor, y á los cuales nos hemos contraído anteriormente, son los que siguen: un *manómetro metálico*, que indica por medio de una aguja, la presion que actúa en la caldera y sus variaciones; dos ó mas válvulas denominadas de *seguridad*, en las cuales, por medio de palancas convenientemente calculadas, actúa un peso que equilibra la presion máxima interior que ha de desarrollar el vapor, sobre un disco ó válvula ajustada en el orificio practicado en la caldera. Por consiguiente, si las válvulas de seguridad de estos aparatos, se encuentran bien calculadas y construidas, cuando esceda la presion interior del vapor del límite que se haya fijado para la marcha normal de la caldera, aquel, por efectuar una presion mayor sobre la superficie interior de la válvula, eleva estas, y por medio de un pequeño vástago hace ascender la palanca y los pesos, abriendo escape al vapor, que pasa á la atmósfera, hasta que disminuyendo la presion, vuelve á establecerse el equilibrio entre los pesos que actúan exteriormente sobre la válvula, y la presion interior que engendra el vapor en la superficie anular de la misma. En las que se aplican á las máquinas locomotoras, la carga exterior de las mismas se obtiene por medio de una

combinacion de resortes, cuyas tensiones puede aumentar ó disminuir el maquinista; este resultado se consigue en las que antes hemos descrito, variando la distancia de los pesos, en la palanca sobre que actúan.

Ya hemos manifestado que el nivel del agua, en las calderas de vapor, debe mantenerse á una altura casi constante, y para consegir este resultado, todas ellas comunican con bombas ó aparatos de alimentacion, que inyectan continuamente ó con intermitencias, la cantidad de agua que debe reemplazar á la que se convierte en vapor. Para que los fogoneros y maquinistas conozcan de una manera evidente el nivel interior del agua contenida en la caldera, existen aparatos indicadores que dan acceso al agua y al vapor por medio de dos tubos que comunican con las partes del generador que ocupan el vapor y el agua, y cuyo nivel establecen en un tubo de cristal, que une los dos á los cuales nos hemos referido. A mas de este aparato, existen varias llaves ó canillas, fijas en situaciones convenientes, para indicar los niveles del agua y del vapor. Renunciamos á ocuparnos de otros mecanismos inventados para precaver los accidentes que pueden ocurrir en las calderas de vapor, tanto por ser muy numerosos, como por no haber alcanzado aun una aplicacion general.

Las calderas de vapor, por su forma, por su construccion y por las tensiones á que actúa el vapor que contienen, se subdividen y clasifican en varias clases, que hoy no podemos enumerar detalladamente, y que lo efectuaremos en artículos sucesivos, al dar mayor estension á los conocimientos elementales que condensamos en la actualidad.

Los aparatos que se emplean para efectuar la calefaccion por medio del vapor, pueden dividirse en dos clases distintas: corresponden á la primera, aquellos en que se utiliza la produccion del vapor para calentar el agua, ó para secar los productos húmedos, cual sucede en las cubas con que cuentan los talleres de tinte, ó los cilindros secadores que poseen las fabricas de papel; y á la segunda clase pertenecen los caloriferos de vapor, los cuales cada dia estienden sus numerosas y útiles aplicaciones.

JOSÉ CANALEJAS Y CASAS.

## EL JARDINERO DE LOS SALONES

Ó ARTE DE CULTIVAR

LAS FLORES EN LAS HABITACIONES, EN LAS VENTANAS Y EN LOS BALCONES

POR ISABEAU

VERTIDA DEL FRANCÉS AL CASTELLANO POR

D. JOSE BRUN Y PAGES.

(Continuacion.—Véase el n.º 17).

*Cuidados que exigen las cebolletas despues de la florescencia.*

Despues de haber florecido, las cebolletas que habrán vegetado debajo del agua, no estarán necesariamente perdidas. No esperes á que las hojas amarilleen y se ajen para dejarlas secar despues de sacarlas del agua, sino que cortarás las raíces fibrosas y el tallo floral, las dejarás secar bien y las guardarás en un cajon que las resguarde de la humedad. Al año siguiente, aquellas que no se hayan reblandecido, las plantarás en tierra al aire libre, ya para que se repongan si tienen aun fuerza para ello, ya para que den esquejes ó pequeñas cebolletas que con el tiempo las reemplazarán. Las cebolletas plantadas en tierra, no darán señal alguna de padecimiento por haber forzado su vegetacion durante el invierno en el jardin sobre la chimenea. Para arrancarlas de la tierra, esperarás á que despues de dar flor esten amarillas la mitad de las hojas; luego las dejarás en contacto del aire para que pierdan una parte de su agua de vegetacion, y despues las limpiarás con esmero y guardarás con las otras: de este

modo podrán servir dos ó tres veces para el mismo género de cultivo.

Si te agrada el Azafran, que si no te gusta no podrás reemplazar, pues no hay planta de flor primeriza ó primavera mas fresca y mas linda que ella, continuarás regándolo despues de haber florecido; pues su hoja, de un hermoso verde, cortada longitudinalmente por una línea blanca, no deslucirá el adorno del jardin sobre la chimenea. Cuando las hojas comiencen á amarillear, suspenderás todo riego, pero no por eso arrancarás las cebolletas, sino que las dejarás en la tierra bien seca hasta el año siguiente: en ella se conservarán muy bien, rodeadas de sus tiernos retoños, porque todos los años dar cierto número de pequeñas cebolletas que florecen en la primavera. Estos renuevos no deben separarse de la cebolleta madre sino cada tres años, á fin de despejar y aclararlos: pues de otro modo las macetas se llenarían demasiado y no les podrian prestar á todos la necesaria alimentacion. Cuando se les cuida como queda dicho, las cebolletas del Azafran forzado son mas bellas el segundo año que el primero; el tercero mas aun que el segundo; pero despues de este tiempo es preciso renovar la plantacion.

Los facilisimos procedimientos de jardineria que se acaban de describir te habrán hecho alcanzar la primavera sin advertirlo; si entonces sales al campo á veranear, puedes dejar á tu chimenea desprovista de su jardin hasta el otoño. Si no te mueves de casa, á medida que abunden las flores en el balcon, podrás retirar algunas de las mas lindas para colocarlas sobre la cornisa de la chimenea: estas flores exigirán cuidados de que te hablaré en la parte de esta obra dedicada al jardin en la ventana.

### Tusilago-vainilla, Hepáticas.

¿Hay en la cornisa de tu chimenea suficiente espacio para colocar dos ó tres macetas suplementarias? Si no te incomoda el suave, aunque penetrante perfume del Tusilago-vainilla, podrás poner una maceta: la flor es fea; pero su olor solo puede compararse con el que despiden las Orchideas mas delicadas, y no daña la cabeza. ¿Te incomodan los olores por suaves é inofensivos que sean? puedes reemplazar el Tusilago-vainilla por la Hepática color de rosa y azul: su forma y colorido son admirables y carece de olor. Con estos recursos tienes sobrado para coger aficion al cultivo de las flores en el jardin sobre la chimenea. El Tusilago-vainilla y la Hepática son plantas que se prestan á todo: solo necesitan medio vaso de agua cada dos dias al temple de la habitacion, y esta al temple que sea para tí mas grato.

### CAPITULO III.

#### EL JARDIN EN GRADERÍA.

Jardineria en graderia.—Plantas crasas.—Particularidades de su organizacion.—Plantas crasas enanas.—Cantidad de tierra que necesitan.—Alimentos que estraen del aire.—Cácteos opuntias (nopal).—Melocardos.—Equinocactas.—Cómo las cabras de la Jamaica hacen caer sus espinas.—Stapelias.—Rara figura de esta flor.—Su olor.—Pruebas del sentido del olfato en las moscas.—Siempre viva.—Mezembrianthemos.—Escarchosa.—Crásulas.—Cultivo de las plantas crasas enanas.—Necesidad de privarlas del agua durante su sueño vegetal.

#### Jardineria en graderia.

El uso de la graderia no se ha generalizado sino de unos años á esta parte: se comenzó por sobrecargarla de toda clase de objetos pequeños, raros, ó de historia natural, uso que aun persiste: luego, y á medida que se desarrolló rápidamente el gusto por las flores, con alambre dorado, plateado ó bronceado, se construyeron bonitas y elegantes pequeñas graderias que ocupan poco sitio, pueden colocarse en cualquiera parte y recibir una coleccion de pequeñas plantas de adorno. En Paris, en cuanto se anuncia su venta, corren á hacerse con ellas las gentes de gusto. Como en Paris falta local en la mayor parte de las habitaciones para colocar plantas de medianas dimensiones, cada cual aguza su ingenio para satisfacer los numerosos pedidos que se hacen á la hor-

ta cultura de plantas enanas, de fácil cultivo, apropiadas á la jardineria, de que es susceptible una graderia en el salon ó en el gabinete.

Las plantas de esta serie pertenecen por lo comun á cierto orden de vegetales dotados de una organizacion particular y de una energia vital extraordinaria: son de las que se designan comunmente con el nombre de *Plantas crasas*, notables por el espesor de sus hojas carnosas y permanentes. En un gran número de estos vegetales el tallo y las hojas son una misma cosa: cuando existen hojas, desempeñan las funciones del tallo, y reciprocamente cuando las hojas faltan, se encargan los tallos de desempeñar sus funciones vegetales.

#### Plantas crasas-enanas.

No puedes figurarte cuánta paciencia y habilidad han tenido que desplegar los horticultores de profesion para trasformar en enanas esas lindas plantas de las que algunas, abandonadas á sí mismas en su pais natal, adquieren dimensiones colosales. En los invernáculos de Mr. Serres, jardinero aleman, que ha creado en Paris la especialidad del cultivo de las plantas crasas enanas, hallarás la mas rica coleccion de este género que tal vez exista en Europa, donde podrás escoger las que mas te gusten para adornar tu graderia; de paso te haré observar las particularidades de algun interés que ofrezcan cada una de ellas y te indicaré el método, á la verdad poco complicado, aplicable á su cultivo en la habitacion.

#### Cantidad de tierra que necesitan las plantas crasas enanas.

Al examinar una coleccion de plantas crasas enanas, una cosa te llamará desde luego la atencion, y es la mínima cantidad de tierra de que pueden disponer las raíces de cada una de ellas. Las mejor tratadas en este concepto viven en macetas del grandor de un vaso comun; otras viven aun con mas estrechez: sus macetas no tienen mas capacidad que la de una copa de licor: esto depende de que por lo general las plantas crasas, enanas ó no, apenas necesitan de sus raíces para vivir. En este caso, me dirás ¿cómo viven? Viven de un alimento que ni á tí ni á mí nos dejaria satisfechos; viven del aire, sin exageracion y sin figuras retóricas. Y de paso te haré observar, si me lo permites, que todos los vegetales, sin escepcion, viven mas ó menos á espensas del aire, aun aquellos que toman del suelo la mayor parte de su alimentacion. ¿Quién habrá que no haya admirado el pintoresco efecto de esos frondosos árboles seculares que pueblan nuestros bosques, ó adornan algunos de nuestros paseos, y que crecen á veces introduciendo sus raíces en las grietas de las rocas! Cuando se cortan estos árboles, se astillan y convierten en carbon, este es en abundancia, dan una masa enorme de producto. ¿Crées que han podido absorber esta masa de carbon de la estéril tierra en que vegetaban y que tal vez no contenga siquiera vestigios de él? Pues lo han absorbido de la atmósfera descomponiendo el aire por medio de las hojas, lo propio que hacen nuestras plantas crasas enanas; y sin esta facultad, que poseen en un grado muy elevado, no podrian vivir.

#### Cácteos opuntias.

Fijemos primero nuestra atencion en las plantas que pertenecen á la numerosa y variada familia de las *cácteos*, originaria toda de los mas calurosos climas de la América del sud. Las primeras que se nos ofrecen son las *opuntias*, cuyas hojas-tallos, ó tallos-hojas, como se las quiere denominar, tienen la forma de otras tantas palas, implantadas las unas en las otras. Estas plantas te representan en pequeño á aquella, á la que se adhiere, y á sus espensas vive en Méjico y en la isla Madera el insecto llamado *cochinilla*, de que la tintoreria y la pintura artistica estraen el hermoso color rojo conocido con el nombre de *carmin* ó *grana* y con el que se prepara el colorete que ha de hermosear las mejillas de las señoras que carecen de color natural.

*Melocardos, Equinocactos.*

Sin salir de la misma familia, tenemos los *Melocardos* y los *Equinocactos*. Su forma redondeada, las notables espinas de que están cubiertos, en su linda corona de flores satinadas, de un hermoso amarillo de oro, permiten distinguirlos sin dificultad de todas las demás familias de vegetales. En las montañas del interior del Brasil y en las del centro de la isla de la Jamaica, estas mismas plantas, de la misma especie que ves reducida á tan diminutas dimensiones, crecen en la pendiente de las mas áridas rocas y adquieren un volumen extraordinario. Ya comprenderás que tambien sus defensoras espinas, inofensivas en las plantas enanas, en razon de su pequeñez y temidad, adquieren tales proporciones que se convierten en agudas puas que las preservan del diente de los animales. Y sin embargo, estas armas son insuficientes á preservarlas de los ataques de los numerosos rebaños de cabras que erian los colonos ingleses de la Jamaica. La calura, animal de suyo trepador por esencia, se enarriba por las mas ásperas pendientes de las rocas cubiertas de *Melocardos* y *Equinocactos*, que á beneficio de sus cuernos arranca de raíz y hace rodar hasta el fondo del valle. Allí, antes de comerlos, juega con ellos como podría jugar un niño con una pelota, hasta tanto que despues de haberlos arrastrado y golpeado sobre las piedras les ha roto toda las puas; entonces se regala con ellos, sin herirse, como si los agujeros de estas cácteas colosales fuesen tan temibles como las espinas de sus compañeras en miniatura.

*Stapelias.*

Estos son otros vegetales de familia diferente; pero que por sus formas nos recuerda la de las cácteas. La *Stapelia* es un vegetal que no puede menos de fijar tu atencion por sus extrañas flores, agrupadas, carnosas, violáceas, erizadas de pelos ásperos, y sobre todo por su forma estrechada. Procura no arrimarte mucho á la flor de esta planta, pues su olor es poco grato, pero no suficiente motivo para escluirla de tu gradería, donde figurará muy bien á causa de la rareza de su forma. No te hubiese hablado de su olor poco pronunciado para ser incómodo, á no ser porque las moscas llamadas moscardones ó moscas carniceras, lo creen un olor de otra naturaleza, que permite hacer una observacion de historia natural muy curiosa.

¿Acaso las moscas tienen nariz? me preguntarás. Te confieso francamente que no lo sé: aun cuando la entomología y la botánica sean el objeto predilecto de mis estudios; pero si puedo asegurarte que no carecen de olfato. Tu mismo podrás comprobarlo cuando tengas en tu gradería una *Stapelia* en flor. Esta flor huele á carne un poco pasada: las moscas, atraídas por el olor, van comunmente á depositar sus huevos en la carne que hallan al paso, y de aquellos huevos nacen los gusanos de que á su vez saldrán las moscas: si teniendo esto en cuenta encierras algun moscardon en el aposento en que haya una flor de *Stapelia*, en ella depositará sus huevos. Desde luego se comprende que no es el sentido de la vista el que pudo inducir á la mosca en error, pues que la flor de la *Stapelia* no tiene el menor parecido con un pedazo de carne; solo puede engañarlas el olor, y de aquí deducen los naturalistas que si no tienen nariz, por lo menos no les falta olfato.

*Siemprevivas y Mezembrianthemos.*

Esta es otra familia de plantas tan variadas, tan abundante en bonitas especies de profusa florescencia, de un follaje tan elegante como el de la familia de las cácteas: entre las *Siemprevivas* figura la linda *Siempreviva* de flor amarilla y estrellada, de los alrededores de Paris, la misma que vegeta y da flor, sin necesitar tierra ni agua, suspendida de un hilo atado á un clavo de la pared.

Tambien pertenece á la série de vegetales cras-

osos otro género; el de los *Mezembrianthemos*, cuyas numerosas flores ofrecen todos los matices del color rojo, desde el más pronunciado, ó color de fuego, al rosa mas pálido: las mas lindas variedades son enanas, merced á los esfuerzos de la horticultura contemporánea. Si su nombre un poco largo y un tanto científico, te desagradada, puede denominarlas simplemente *Glaciales*. Es el nombre vulgar de una de las mas generalizadas variedades, cuyas hojas y tallos parecen espolvoreadas de blanco cual si estuviesen cubiertas de escarcha.

Tambien pertenecen á esta familia las *Crásulas*, de hojas elegantemente acanaladas y pequeños ramos de flores de un rojo oscuro sumamente subido. Tambien las hay de color rosa claro de tan brillante matiz, como las de la misma clase, de naturales dimensiones, que miden cincuenta á sesenta centímetros de alto.

Dejo de enumerar muchas, tal vez las mejores; pero cuando hayas hecho tu eleccion entre las numerosas variedades enanas de cácteas, de los géneros *opuntia*, *melocactus*, *equinocactus*, á los que habrás agregado las *stapelias*, las *siemprevivas*, las *glaciales*, las *crásulas*, fijándote en las variedades mas notables, tendrás ya no solo con qué cubrir tu gradería, aun cuando sea de grandes dimensiones, sino que tambien para llenar un elegante canastillo que producirá un efecto sorprendente en el centro del velador; y durante mas de la mitad del año tendrás constantemente algunas de tus plantas crasas enanas cubiertas de las mas lindas flores.

*Cultivo de las plantas crasas enanas.*

Aun falta darte algunas indicaciones acerca del modo de cuidarlas, y para ello es preciso decirte dos palabras sobre su temperamento. Las Cácteas, en su pais natal, soportan sin inconveniente los calores escesivos y las no interrumpidas sequias de seis y siete meses, seguidas de lluvias copiosísimas de que en Europa apenas pueden darnos una débil idea nuestras mas violentas lluvias tempestuosas. Durante la estacion sera apenas se interrumpe la vida vegetativa de las Cácteas: su sueño vegetal es entonces mucho mas completo que el de los vegetales que, entre nosotros, pierden sus hojas en invierno. La sola indicacion de este hecho nos permite ya traslucir, enál podrá ser el régimen á que convenga sujetarlas. Todas aquellas que no dan signo alguno de vegetacion activa, que no dejan ver los rudimentos de lie nos brotes, ni de yemas florales, solo deben regarse una vez cada semana; y hasta podran dejarse de regar absolutamente, sin que por ello ganen ni pierdan: y esto es precisamente lo que hay que hacer cuando á la entrada de la primavera las Cácteas no muestran disposicion alguna á florecer; déjense en seco uno ó dos meses, que no por esto se morirán; no haya cuidado. En cuanto espontáneamente entren en vegetacion, vuélvase á regar, primero con moderacion, luego con mas abundancia, pero nunca con exceso, y siempre con agua á la temperatura del aposento. Los torrentes de lluvia que reciben en su pais natal no les dañan, porque el clima de los trópicos favorece su rápida evaporacion, lo que no es posible suceda dentro de tu gabinete. La dosis de agua para cada planta debe ser en proporcion de una cucharada de las de sopa para los jarros ó macetas de la capacidad de un vaso, y de una chucharada de las de café para las macetas de la capacidad de una copa.

*Necesidad de privarlas del agua durante su sueño vegetal.*

A fin de que comprendas bien la necesidad de no regar las Cácteas durante su sueño vegetal, voy á referirte lo que sucedió algunos años atrás á un botánico, apasionado por las Cácteas, de las que tiene una bellisima coleccion. Mandáronle de la provincia de Minas Geraes, en el Brasil, un cajon de Cácteas, que se apresuró á colocar en macetas en su invernáculo, guardando interinamente en un armario algunos ejemplares dobles que se propuso regalar. Vióse precisado á hacer un largo viaje y olvidó las Cácteas en el armario;

de suerte, que á su vuelta, despues de algunos meses, las encontró ajadas, marchitas, en un estado tan deplorable, que las creyó perdidas. Sin embargo, las plantó, salga lo que saliere, y comenzó á regarlas gradualmente: todas se repusieron y dieron flores en abundancia, al paso que de las que plantó desde luego y cuidó con esmero en cuanto llegaron, unas solo dieron alguna que otra flor, y otras no dieron ninguna; resultado que fué debido á que en ausencia del botánico, su jardinero, temeroso de que padeciesen sed, les habia dado demasiado de beber.

Es preciso, pues, que no olvides que para que las Cácteas den flor, es necesario que su sueño de vegetacion sea completo, lo que no es posible cuando se las riega fuera de tiempo. Por lo que respecta á la temperatura, su temperamento se acomoda á la que á tí mismo te conviene: cuando en la primavera comiencen á florecer, procura abrir la ventana del invernáculo y ponerlas en frente de ella, de lo que reportarán ventaja tus Cácteas, y su florescencia será mas brillante y prolongada.

Las *Stapelias* exigen los mismos cuidados que las Cácteas, sin la menor diferencia: las demás plantas crasas requieren en el invierno un poco mas de agua, en razon de que su sueño vegetal no es tan absoluto como el de las Cácteas y *Stapelias*: y sin embargo, si quieres que cuando despierten florezcan bien, déjalas dormir; no las riegues durante su sueño sino cuando aparezcan molestadas por la sed, y no las des mas agua que la precisa para que no padezcan.

CAPÍTULO IV.

EL JARDIN EN LA JARDINERA.

Modos diversos de mantenerlo. — Vegetales comprados en flor. — Vegetales que se cultivan en la jardinera. — Sus dimensiones. — Plantas trepadoras: *Passiflora*. — *Mandevilla* sua colens. — Clavel de bosque. — *Thunbergia* plata. — Violeta doble trepadora. — Modo de cultivarla. — Plantas para el interior de la jardinera. — *Camelia*. — Métodos para impedir que se caigan las vemas. — Cuidados del cultivo. — *Ericas* ó *Brezos* del Cabo. — *Pimeleas*. — *Reseda* arbórea. — Modo de formarla. — Su duracion. — Necesidad de tener pasion por las flores para cuidarlas bien.

*Diversos modos de sostener la jardinera en flor.*

Una jardinera de salon es un mueble muy lindo, el cual puede ser mas ó menos sencillo, con mayor ó menor número de adornos, segun la sencillez ó elegancia del mueblaje, y con el que debe guardar armonía, pues forma parte indispensable, por decirlo así, de aquel. De dos modos distintos se puede atender á su entretenimiento, y de ellos hablarémos con separacion.

Si quieres tan solo flores, y tantas como te sea posible alcanzar, abónate con un jardinero de profesion, el cual, mediante una retribucion mensual nada exorbitante, se obligará á tener tu jardinera en toda estacion, abundantemente surtida de vegetales en flor, y tus cuidados se limitarán en este caso á regarlas y á quitarlas el polvo: disfrutarás de estas, pero no serán obra tuya.

*Plantas que pueden cultivarse en la jardinera.*

Cuando se posee una jardinera; cuando se quiere tener el gusto y no falta voluntad para cuidarla con la asiduidad que exigen las plantas que se pueden cultivar en ella, hay que hacer algo mas que lo que arriba se ha dicho. Te supongo con estas disposiciones, resuelto á tomarte un poco de este trabajo, que es en realidad un placer, y con el que has de trasformar tu jardinera en un verdadero jardin. Empezarémos, si te parece, en el mes de noviembre, en cuya época la caída de las hojas obliga á volver á las ciudades á aquellos que han pasado el verano en el campo.

*Plantas trepadoras.*

Cuando hayas adquirido una jardinera bastante espaciosa en proporcion al local que le puedas destinar, la tendrás arrimada á la pared, lo cual te permitirá colocar detrás de ella una alambarrera

en forma de abanico, que procurarás cubran desde luego algunas plantas trepadoras, pues que son estas una de las partes más interesantes de tu diminuto parterre. Como base ó fondo de guarnecimiento de la alambarrera, plantas en la jardinera una *Passiflora* ó Pasionaria: por ancha y alta que sea la Pasionaria, cubrirá en breve su mayor parte: á ella asociarás una planta bastante rara, la *Mandevilla suaveolens* y una planta muy común, el Clavel de bosque. Estas tres plantas, la Pasionaria, la Mandevilla y el Clavel de bosque, acostumbran á dar flor por lo alto, así que, á fin de que la parte baja de la alambarrera se halle adornada igualmente de flores, plantas en cada extremo una *Thumbergia alata*, y en el centro una Violeta doble trepadora.

La *Thumbergia* se agarra á todo lo que le está inmediato, sin llegar nunca á subir muy alto; se cubre de encantadoras flores de un hermoso amarillo anteado, al que da más realce una mancha negra en el centro. Así como la Pasionaria la Mandevilla la tienen casi todos los jardineros floricultores: su precio nunca es exagerado, y se acomodan perfectamente al clima artificial de un aposento habitado. Evita comprarlas en flor por mucho que esto te agrade, todo lo más que tengan yemas, pues ni el vegetal soportaría bien la trasplatación, ni te será tan agradable como verlas florecer con tus cuidados.

#### *Violeta doble trepadora.*

Tal vez no hayas visto nunca un pié de Violeta doble enredarse á lo largo de una alambarrera á pesar de ser el cultivo de la Violeta doble bajo esta forma, cosa muy común en Bélgica y en todo el norte de Francia: el lograrlo no ofrece dificultad.

La Violeta doble produce naturalmente todos los años cierto número de vástagos análogos ó parecidos á aquellos por cuyo medio se propaga el fresal. Da una inclinación hácia arriba á los vástagos que se hallen colocados de modo que puedan agarrarse fácilmente á la parte baja de la alambarrera y corta todos los demás. El conjunto de ramos con que termina cada vástago, florecerá con profusión así colocado; después de la florecencia, nacerán otros vástagos que fijarás como los primeros en la alambarrera, disponiéndolos de modo que no invadan el espacio reservado á las otras plantas trepadoras. Continúa con este sistema durante algunos años, pues en horticultura se necesita tiempo para todo; y observarás que los primeros vástagos que levantaste y fijaste en la alambarrera se van haciendo leñosos, lo cual te quita todo temor de que puedan perder su estabilidad: todos los años desde la terminación del invierno á mediados de la primavera, podrás coger abundante número de Violetas dobles forzadas, mucho más bonitas para ti que las que te ofrece la ramillettera por tu dinero.

#### *Plantas para el interior de la jardinera*

Aun tienes libre el interior de la jardinera: para llenarlo bien, procura colocar en el centro una bonita Camelia, un *Donkelarii* ó una *Marquesa de Exter*, si te gusta el color de rosa, ó una *Alba flore plena*, un *Fimbriata* ó un *Ochroleuca*, si te agrada más el blanco: á más de que puedes escoger en la abundante colección de Camelias que no contiene menos de quinientas á seiscientas especies de flores diversas entre sí, cuidarás, sin embargo, no escoger para la jardinera un pié muy alto que tenga tendencia á crecer, pues que destruiría el efecto de adorno de las plantas emparadas en la alambarrera.

#### *Cuidados que exige el cultivo de las Camelias.*

Cuando compres una Camelia, procura que esté cargada de yemas cuyo desarrollo sea tal que ofrezcan la mitad del volumen, que cuando aquel se complete deberán tener. Si estas yemas son muy numerosas, sobre todo si hay dos ó tres reunidas ó muy aproximadas, no debes titubear en sacrificar algunas. Pero como el pedúnculo muy corto que las une al tronco, es preci-

samente la parte más delicada de la yema de flor: la Camelia, si arrancas sin precaución las que están de más, caerían todas unas después de otras, y no llegarías á obtener una sola flor, inconveniente que por fortuna es fácil de evitar. Con la hoja de un cortaplumas bien afilada corta horizontalmente las yemas que no quieras conservar, procurando no darles sacudidas, y sobre todo evitando tocar al pedúnculo; de esta manera quedará solo adherida al tallo la mitad inferior de la yema, que en breve caerá por sí misma sin arrastrar en su caída la de las yemas enteras que florecerán perfectamente al cabo de uno ó dos meses. También tendrás mucho cuidado en no regar jamás la Camelia con agua muy fría: este encargo es de tal importancia que he creído deberéte recordarlo: si su vegetación no te parece bastante vigorosa, riégala de vez en cuando con medio vasito de agua de fregar, lava y seca sus hojas lo más á menudo posible por una y otra cara, y florecerá en tu jardinera tan bien como si no se hubiese separado del invernáculo del jardinero que te la vendió.

#### *Reseda arbórea.*

Para acabar de completar la jardinera, solo te faltan ya algunos piés de Ericas (*Brezos del Cabo*) de las variedades que dan un tamaño mediano, y una ó dos Pimeleas: la una de flor blanca, caída, la otra de flor color de rosa, erguida; sin echar en olvido que debes reservar á los dos extremos un pequeño espacio para los dos piés de Reseda arbórea. ¿No has visto nunca Reseda bajo otra forma que la común de planta herbácea? Pues te sería difícil hacerte con dos Resedas arbóreas ya formadas, á menos que vayas á buscarlas al norte de Francia, donde estos lindos arbustos están muy en moda. Pero si no los encuentras, te bastará que por unos pocos cuartos compres una maceta de Reseda.

La tal maceta contendrá probablemente un grupo nacido de semilla y compuesto de varios piés: los arrancarás todos menos uno, y como la Reseda es una planta de las más rústicas, puedes tratarla sin gran miramiento, y la única planta que conservarás en el centro de la maceta, la cortarás por completo á flor de tierra sin dejarle más que un solo brote sujeto á un delgado rodrión de mimbre blanco. El extremo de este brote dará una espiga de yemas de flor, que cortarás por debajo de la última yema inferior; el tallo, á consecuencia de este desmoche, dará una multitud de renuevos, cuyo libre desarrollo deberás favorecer hasta tanto que hayan adquirido un decímetro de longitud. En este estado escogerás cuatro, seis, ú ocho, según el vigor de la planta, que guarden distancias iguales entre sí. Con un delgado mimbre, y mejor con una ballenita, les formarás un aro al que sujetarás los indicados renuevos; y cuando hayan crecido seis ú ocho centímetros más, y estén dispuestos á dar flor, los sostendrás con un nuevo aro semejante al primero. Cuando estén ya en plena florecencia, quitas las flores antes de que la semilla tenga lugar de formarse, pues sin esta precaución correría la planta peligro de perderse. Al propio tiempo aparecerán nuevos retoños por debajo de la espiga de flores que se cortó; y de ellos escogerás el mejor situado para que te sirva de rama secundaria ó de reemplazo, cortando los demás. Poco á poco se hará leñoso el tallo principal, la parte más inferior de las ramas irá adquiriendo solidez, la Reseda no será ya una planta herbácea sino por sus extremos superiores, que darán flor todo el año sin interrupción: esta será una verdadera Reseda arbórea de una duración casi indefinida. Teniendo cuidado con ella, una Reseda arbórea vive de doce á quince años, y las he visto en Holanda que pasaban de los cincuenta años.

#### *Entretenimientos que ofrece la jardinera de salón.*

Adornada y dirigida como te acabo de indicar, la jardinera será para ti un continuo manantial de agradables pasatiempos: alrededor de tus

plantas siempre habrá algo que hacer. La satisfacción de atender á todas sus necesidades será tal vez mayor que la que te cause al verlas florecer una tras otra; su florecencia será el fruto de tu trabajo, como justo premio de los afanes de su cultivo; y serán para ti las flores de un precio extraordinariamente mayor que las de las más bellas plantas compradas en flor en casa del jardinero, que se reemplacen unas á otras sin que en sus frutos tengas tu ninguna intervención.

Ya comprenderás que además de las plantas con que acabo de aconsejarte adornes tu jardinera, hay una inmensa serie de vegetales dignos de tu cuidado que te permiten una elección casi sin límites y multiplicados entretenimientos. Como al final de este tratado, se hablará de la multiplicación y cultivo de estas plantas, para evitar repeticiones escusamos indicarlo aquí y procuraremos con todo cuidado, hacerte conocer todas aquellas que pueden figurar con ventaja en la jardinera de tu aposento, que si la disposición del local lo permite, puede formar una continuación del jardín sobre la chimenea y armonizar con el jardín en gradería.

De nuevo te recomiendo tengas en cuenta que las flores son como los niños: para criarlas bien, se necesita quererlas. Si no quieres á las flores lo suficiente para tener con ellas los cuidados que necesitan, no son para ti los consejos que acabas de leer, ni los que vendrán en los capítulos siguientes.

(Se continuará.)

## CRÓNICA ESTRANJERA.

Las noticias recibidas del extranjero continúan siendo cada vez más contradictorias. Dedúcese de unas que el peligro de la guerra llega á ser inminente cual nunca haya sido, mientras de otras puede presumirse que la paz no llegará á turbarse. En donde no hay confianza en la continuación de esta, es sobre todo en Berlín y en Londres. Los principales diarios de esta última capital se muestran muy alarmados. El *Times* ha declarado en uno de sus últimos números que la guerra estallará probablemente antes de la reunión del Congreso, y el *Morning-Post* participa de la misma opinión, y dice que el emperador de Austria se verá arrastrado por el partido militar á principiar inmediatamente las hostilidades y á marchar sobre Turin. Al lado del partido militar, dice un periódico, existe también el partido financiero que parece aconseja los mismos extremos. Dice una correspondencia que hay muchos en Viena que creen que el Austria necesita de la guerra para poder hacer bancarrota. Lo que al menos se da por seguro, es que el ministro de Hacienda ha declarado, que si no se suspendían los preparativos militares, no tardarían en traer la bancarrota nacional.

¿Añadiremos á estos datos belicosos otras noticias de guerra últimamente recibidas? Vamos á hacerlo sin que sea esto abogar por la causa de una lucha europea en las actuales circunstancias.

El *Independiente* de Turin dice, que en una revista verificada en la plaza de armas de Milan, el general Giulay dirigió á las tropas destinadas á marchar á las fronteras, la siguiente allocución.

«¡Soldados! S. M. el emperador os llama para colocar bajo las banderas, humillar por tercera vez la vanidad del Piamonte y destruir el foco de los fanáticos y perturbadores de la paz general de Europa. Soldados, marchad contra un enemigo que constantemente habeis hecho huir; recordad solamente á Volta, Sommacompagna, Curtatone, Montanara, Riboli, Santa-Lucia, y un año después la Cava, Vigegarro, Mortara y en fin, Novara, en donde le habeis destruido y anulado. Inútil es recomendaros disciplina y valor, para observar la primera, sois únicos en Europa, y para abrigar el segundo, no cedéis á ningún ejército. Que vuestra enseña sea, ¡viva el emperador! vivan nuestros derechos!»

En los primeros días del corriente mes las tropas austriacas han hecho nuevos movimientos. Han llegado á Venecia 6,000 croatas, que forman la vanguardia de los veinte batallones que marchaban á Italia. Hacia Tesino han sido dirigidas 100 barcas construidas en el Adriático, para cuyo efecto se han valido del ferrocarril de Milan, y en Malamoco se reúnen numerosos buques de guerra. En fin, si creemos las noticias que nos ofrece *La Patrie*, las tropas austriacas avanzan en direccion de las fronteras sardas y ocupan posiciones importantes. El sétimo cuerpo de ejército austriaco (Fröebel) ha trasladado su cuartel general á Verona, enviando una brigada á Molze. El tercer cuerpo (Schwarzenberg), que tenia su cuartel en Brescia, le ha trasladado tambien á Lodi. El quinto cuerpo (Stadion), acuartelado en Milan, ha empezado á moverse hacia el lago Mayor, y el cuerpo octavo (Schaffgotsche), que estaba en Pádua, será reemplazado por el noveno que se esperaba en Olmutz. Todo, en fin, indica que si el Piamonte hace alardes de guerra y de preparar un rompimiento, el Austria no se duerme tranquila y segura en su preponderancia. Se añade que la administracion de los ferro-carriles ha recibido orden de tener dispuestos wagones para trasladar á Italia 25,000 hombres mas.

Se vé, pues, que á pesar de los deseos de paz que animan á algunos, y sobre todo al emperador Napoleon III, que la defenderá á toda costa, hasta el último extremo, la situacion general no ha variado. A pesar de lo que se habia asegurado, se cree hoy que Austria no ha cedido todavía en su pretension de exigir el desarme de Prusia. El *Boersenhalle* de Hamburgo nos dice que si bien el gabinete británico habia creído encontrar un medio de hacer desaparecer este obstáculo, proponiendo á Austria y Piamonte la retirada de sus tropas á cierta distancia de sus respectivas fronteras, se asegura que esta proposicion ha sido desechada por la primera de las mencionadas potencias. La *Nueva Gaceta de Hannover* cree que Rusia ha indicado recientemente á Austria la idea de preguntar colectivamente al Austria si está dispuesta á renunciar provisoriamente á las condiciones que ha ido presentando poco á poco, y someterse al Congreso con objeto de hallar garantías capaces de asegurar el orden y la tranquilidad de Italia.

Dejando este asunto, espinoso de por sí, porque las mismas potencias europeas que disputan el día, saben á qué vendrán á parar sus rivalidades; daremos á conocer á nuestros lectores los sucesos.

En Baviera se ha resuelto últimamente la crisis que se hallaba el gabinete, asegurándose que se ha llamado, para encargarse como presidente de la formacion de otro nuevo, Mr. Schranck, representante bávaro en la dieta.

De Belgrado anuncian que se convocará en Jugowatz una Skupschina con objeto de arreglar los créditos necesarios para el alistamiento de un equipo de 34,000 hombres. Segun parece se intenta celebrar un tratado de alianza ofensiva y defensiva entre la Sérvia y los Principados Danubianos. Al menos así lo asegura el *Diario de Viena*.

La *Gaceta de Breslau* nos da las siguientes noticias recibidas de San Petersburgo. El general Zewelokimoff hallará resistencia en la expedicion del cuerpo de Tchetsnia contra Weden, presidencia del célebre Schamyl. Este caudillo de los tataros y Kasimahomed tienen á sus órdenes, en la mencionada plaza unos 9,000 hombres de infanteria y caballeria, con seis piezas de artilleria. La guerra en aquel punto presenta grandes dificultades para los rusos, si bien muchas de las poblaciones del territorio se les iban sometiendo paulatinamente. El ejército ruso ha conquistado algunos fuertes y reductos con objeto de impedir que Schamyl reciba provisiones.

Poco es lo que se sabe del teatro de la guerra en la India. Nana-Saib y Bagum entraron últimamente en Nepaul, atravesando el rio Gunduck y frente de los restos de los insurrectos. Así lo asegura un despacho telegráfico de Londres; pero estos restos de insurrectos de que aquí se

trata, tememos sean muy suficientes todavía para dar no poco que hacer á las armas británicas que tantos reveses han sufrido.

En Cochinchina, las tropas franco-españolas se han apoderado de los fuertes de Saigon, defendidos heroicamente por los naturales del país. El mismo día que Saigon era atacado por los aliados los annamitas quisieron tomar la revancha tomando las posiciones de Turana; pero fueron rechazados con algunas pérdidas.

Uno de los últimos despachos telegráficos recibidos en esta corte, ha anunciado el fallecimiento del rey de Nápoles.

JANER.

## CRÓNICA ESPAÑOLA.

S. M. se ha dignado mandar se dé por concluida la carrera de los alumnos de sétimo año de la facultad de medicina, y se les admita en todas las universidades al grado de licenciado.

—La *Gaceta* del día 9 de abril publica el tratado ajustado entre Francia y España, con el objeto de fijar los límites de ambas naciones en las fronteras de Guipúzcoa y Navarra.

—De real orden se ha autorizado á D. Mariano Potó para que lleve á cabo los estudios de un ferro-carril, que partiendo de Manresa y pasando por Sampedor, termine en Sallent.

—Tambien se ha autorizado á D. Alejandro de Mazarrero para que verifiquese los estudios de un ferro-carril, que partiendo de Valladolid y pasando por Rioseco, termine en Leon.

—Por real decreto inserto en la *Gaceta* del jueves, 14 de abril, se ha autorizado al ministro de Marina para que disponga se verifiquen las obras de ensanche que necesita el edificio en que se halla establecida la direccion de Hidrografia.

—De real orden se ha mandado modificar el artículo 53 de la instruccion para el gobierno de las comisiones de Estadística, del siguiente modo:

Art. 53. Las cuentas de dietas y demás gastos de los inspectores generales de Estadística, se aprobarán por la comision central, como tambien las de los inspectores provinciales, oficiales de seccion y auxiliares, despues de revisadas por la comision respectiva y autorizadas con el visto bueno de su presidente. Al remitirse dichas cuentas á la comision central, se acompañará, además de la documentacion que se previene en la instruccion de 28 de diciembre último, una relacion por cada cuenta, en que se espese el número, fecha é importes de los respectivos libramientos, en virtud de los cuales haya sido satisfecha la cantidad á que asciende el cargo de la misma. La comision central cuidará de pasar al Tribunal de Cuentas del reino, unas y otras cuentas con sus comprobantes, en justificacion de los gastos causados por este concepto que figuren datados en las que rinden las tesorerías de Hacienda pública.

—La *Gaceta* del día 13 de abril publica un real decreto dando nueva organizacion á la infantería de marina.

—De real orden, inserta en la *Gaceta* del mismo día, se han nombrado á las plazas vacantes de médicos directores de aguas y baños minerales, para la de Arenosillo, en la provincia de Córdoba, á D. Marcial Taboada; para la de Ateijo, en la de la Coruña, á D. Agustin Maria Acevedo; para la de Bellús, en la de Valencia, á D. Benigno Villafranca; para la de Buyerés, en la de Oviedo, á D. José Garrófalo y Sanchez; para la de Paterna y Jigonza, en la de Cádiz, á D. Mariano Carretero Muriel; para la de Segura de Aragon, en la de Teruel, á D. Anastasio Garcia Lopez; y para la de Solán de Cabras, en la de Cuenca, á D. Tirso de Córdoba.

—En la sesion del Congreso del día 9 de abril se aprobaron varios dictámenes de la comision de peticiones en solicitud de pensiones.

—En la del día 12, se discutió el dictamen de la comision encargada de informar acerca de la proposicion de ley, pidiendo que se declarase haber lugar á exigir la responsabilidad al ministro

que fué de Fomento, Sr. D. Agustin Estéban Collantes, con motivo de la contrata para el acopio de los 130,000 cargos de piedra, con destino á las carreteras de Madrid. Se aprobó en votacion por bolas, por 178 blancas contra 66 negras.

—En la sesion del Senado del día 14 de abril fueron aprobados los proyectos de ley, relativos el primero, á la pension de la Sra. de Zuch; el segundo, á la concesion de una rifa, cuyo producto se destina á la ereccion de un monumento á D. Bartolomé Murillo; el tercero relativo al ferro-carril de Estremadura.

—En la del Congreso del mismo día, se publicó como ley el proyecto remitido por el Senado, relativo á la fijacion de las fuerzas navales en el presente año.

—La junta provincial de agricultura de Barcelona ha dispuesto celebrar cada tres años, en aquella capital, una esposicion de ganados de todas clases, á las que podrán concurrir como espositores los ganaderos de las cuatro provincias catalanas.

—El día 12 se notificó la sentencia á los reos Manuela Bernaola, Ignacio Cabezado, Maria Belen Rodrigo y Mariano Gonzalez, que son los autores del asesinato de la calle del Duque de Alba, resultando los dos primeros condenados á muerte en garrote vil, llevando al patibulo ropa negra, y los demás á nueve años de presidio mayor cada uno. Los reos han apelado del fallo de primera instancia, y siempre pasarán las fiestas de Pascua antes que las sentencias se hallen en estado de ejecutarse.

—El asesino de la jóven de la calle de Felipe III ha sido tambien condenado á garrote vil.

—Los periódicos de España han satisfecho por derechos de timbre, durante el mes de febrero próximo pasado, 93,713 rs. 83 cént., de cuya cantidad 61,184 rs. 8 cént. corresponden á los que se publican en Madrid.

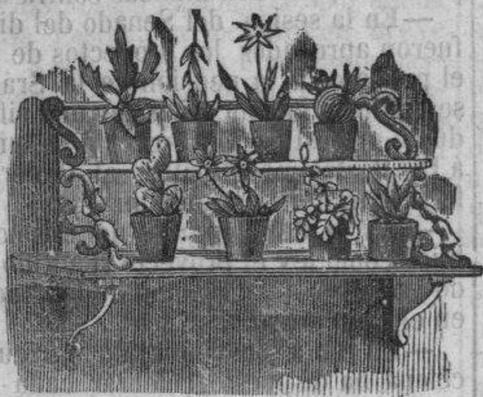
JUAN DEL CORREO.

## REVISTA DE TEATROS.

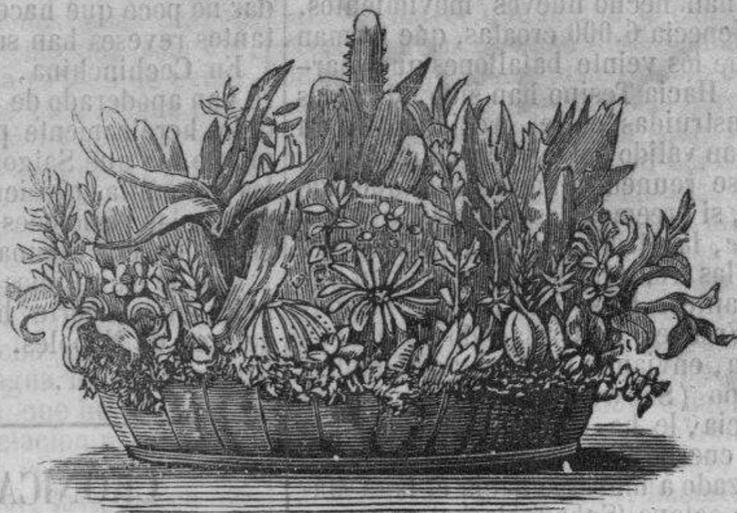
Vamos hoy á dar principio á nuestra revista, que será de muy cortas dimensiones, consignando en nuestras columnas el merecido y legitimo triunfo obtenido por la eminente actriz Matilde Diez en el coliseo de la plaza del Rey, en la comedia del Maestro Tirso de Molina, titulada *Mari Hernandez la Gallega*. Mucho tiempo hace estamos acostumbrados á admirar en esta gran actriz la extraordinaria y sorprendente propiedad con que interpreta los mas opuestos caracteres; pero en ninguna de las representaciones que nos habia dado hasta ahora habiamos visto una creacion tan acabada como la que la Sra. Diez nos presentó en la intrépida y celosa hija del valle de la Limia. ¡Cuánta verdad en el decir, qué propiedad en el traje, y sobre todo qué naturalidad y desenfado en sus maneras hasta en los mas leves detalles! El escogido y numeroso público que llenaba todas las localidades en la indicada noche, pidió entre nutridos y calurosos aplausos, la presentacion en el palco escénico de la eminente actriz, á la conclusion de los actos 3.º y 5.º Tambien fué muy aplaudida la Srta. Hijosa, por la naturalidad y travesura con que desempeñó el picaresco papel de criada.

En el coliseo de Jovellanos se ha verificado un concierto, en el que han tomado parte las señoras de Giuli-Borci y Elena d'Angri, y el bajo señor Llorens: la concurrencia, que, tratándose de este teatro, escusamos decir fué numerosa, aplaudió como se merecia á la d'Angri, que cantó admirablemente la cavatina de la *Saffo* y el rondó final de la *Cenerentola*. Igualmente fué muy aplaudida la Sra. de Giuli-Borci y el bajo Sr. Llorens.

Tambien ha tenido lugar en este afortunado coliseo el sexto y último de los conciertos sacros con que el inteligente empresario Sr. Salas ha obsequiado durante los viernes de la presente Cuaresma á los aficionados á la buena música. Dicho concierto, compuesto casi todo de piezas



Galería cargada de plantas crasas enanas.



Jardinería de salon.

cantadas ya en los anteriores, no ofreció mas novedad que un *Allegro* de Mendelssohn, admirablemente ejecutado en el violín por el Sr. Monasterio, y acompañado por la orquesta. La señora d'Angri volvió á cantar la bellísima romanza de Meyerbeer *Oh mio figlio!* habiendo tenido que repetirla entre los bravos de la escogida concurrencia, como asimismo el precioso duo del *Stabat* en union de la Sra. Santamaria.

La concurrencia, como siempre, brillante y numerosa.

En el teatro de la calle de la Magdalena hemos tenido, á beneficio de Mr. Montaland, la comedia en cinco actos de Mr. Theodore Barriere, titulada *Cendrillon*. En su desempeño, que ha sido inmejorable, se distinguió la simpática actriz Mlle. Celine Montaland, la cual, antes de partir para las orillas del Sena, ha querido dejarnos un recuerdo en extremo grato de su flexible y extraordinario talento. Tambien fué muy aplaudida la inteligente actriz Mme. Rey, y MM. James, Donatien y André.

A la conclusion de la comedia, fueron llamados á la escena todos los actores.

El teatro del Principe no nos ha dado novedad alguna en toda la semana.

NUMA.

### BIBLIOGRAFÍA ESPAÑOLA.

*La Botánica y los botánicos de la península hispano-lusitana.*—Estudios bibliográficos y biográficos, por Don Miguel COLMEIRO.—Obra premiada por la Biblioteca Nacional en el concurso público de 1858, é impresa á espensas del gobierno.—Madrid, imprenta y estereotipia de M. Rivadeneyra, 1858.

No es por cierto la Botánica una ciencia que haya tenido en nuestra patria escasos cultivadores, y así la bibliografía, en la parte que á tan útil estudio pueda referirse, cuenta con obras y escritos mas ó menos notables, que paulatinamente la han ido enriqueciendo. Linneo, Haller, Quer, Segnier, Miltitz, Kruger y otros autores se han ocupado, en verdad mucho antes de ahora, de los escritores botánicos españoles en sus bibliotecas y catálogos impresos en épocas diversas. Pero ó bien sus noticias eran sumamente concisas é incompletas, ó sus investigaciones acerca de los autores españoles de que se ocupan, no pudieron ser tan exactas y numerosas como se merecian. El honor nacional, pues, y el interés de la misma ciencia exigian, como dice muy bien el au-

tor, que lleguen á ser mas conocidos nuestros escritores naturalistas, tanto antiguos como modernos, no tan escasos ni insignificantes como muchos creen, porque, además, la botánica debe particularmente á España importantes trabajos, que han contribuido notablemente á sus progresos dentro y fuera de la península.

La obra del Sr. Colmeiro no podia por menos de llenar el vacío que en este sentido se observaba, tanto dentro como fuera de España, pues es inútil decir que su libro no ha podido tener hasta ahora rival lo mismo en nuestra patria que en el extranjero. Fruto de investigaciones profundas ayudadas de la poderosa mano del tiempo, los estudios bibliográficos y biográficos de que nos ocupamos es lo mejor que en su género y con relacion á España se ha publicado. No diremos que en la calificación del mérito de algunos de los botánicos y naturalistas modernos hubiese podido acertar del todo el Sr. Colmeiro por la gran dificultad, de todos conocida, de juzgar acerca de los contemporáneos, y este habra sido sin duda el motivo de mostrarse sumamente parco en sus juicios. La escrupulosidad en las citas y pormenores históricos, la exactitud en las noticias biográficas y bibliográficas, la correccion y galanura del lenguaje que apartan la obra de la aridez de los libros didácticos, y el método y oportunidad de las secciones en que se divide, todo concurre para avalorar la última y premiada producción del Sr. Colmeiro. Tan pronto se ocupa el autor de las interpretaciones, extractos, comentarios y ediciones españolas ó portuguesas de autores griegos y latinos, que tienen relacion con la Botánica de obras españolas y portuguesas destinadas al estudio de las plantas mencionadas en la *Biblia*, de las de los arabes españoles, de obras españolas y portuguesas de plantas peninsulares y exóticas, casi todas pertenecientes á las Indias Occidentales y Orientales; como de los catálogos de plantas cultivadas en los jardines públicos y particulares de España y Portugal, de obras con noticias bibliográficas, biográficas é históricas, colecciones académicas y periódicas de ambos países y de los retratos de algunos botánicos célebres de los mismos. Tales son las interesantísimas materias que encierra la parte primera de *La Botánica y los Botánicos de la península hispano-lusitana*.

La segunda parte ofrece ricas noticias biográficas de los botánicos españoles y portugueses, y tambien de algunos escritores no botánicos que contribuyeron en la península hispano-lusitana y en sus dominios al conocimiento de los vegetales, ordenadas cronológicamente desde el siglo primero hasta el día.

La obra ha sido premiada por la Biblioteca nacional en el concurso público de enero de 1858, é impresa á espensas del gobierno, concurriendo todo para que su adquisicion se haga apetecible, no solo de los botánicos y naturalistas españoles y extranjeros, sino de todas aquellas personas que en sus bibliotecas desean reunir libros tan curiosos como útiles y bien escritos.

JANER.

### BIBLIOGRAFÍA ESTRANJERA.

*Les Reines de France nées espagnoles*, par A. NOEL.—Paris, Firmin Didot, 1858.

Mr. Noel se propone demostrar que muchas veces las esposas de los monarcas mas afamados han influido de notable manera en el comportamiento moral, político y administrativo de sus reinos consortes; que otras veces las reinas mismas con su ejemplo virtuoso, sus consejos acertados y su afectuoso carácter, han podido contribuir desde el interior de los palacios á la mejora de la sociedad rejida por sus maridos, al bienestar de los pueblos, á la gloria de las naciones. Bajo estos principios examina los hechos de las reinas de Francia, de origen español, y encuentra con una imparcialidad que le honra sobremanera que la Francia debe no poco al talento y á las virtudes de algunas de las princesas españolas que han compartido el gobierno de aquella nacion con monarcas franceses. Declara que las princesas españolas llevadas al trono de Francia han contribuido particularmente á fundar la unidad del poder, necesario en otros tiempos para la prosperidad de la Francia, y que han llevado allí un sentimiento de unidad nacional y una dignidad que han elevado la monarquía francesa á la altura del reinado de Luis XIV. La Francia debe, en fin, á la sangre española dos de sus mas grandes y famosos monarcas: San Luis y Luis XIV.

Las biografías que encierra el libro de Mr. Noel son las de las reinas de Francia, de origen español, Brunegilda, Galessuinta, Hermenberga, Constanza de Castilla, Blanca de Castilla, Isabel de Aragon, Juana de Navarra, Blanca de Navarra, Leonor de Austria, Ana de Austria, Maria Teresa de Austria y Eugenia Maria de Guzman. Algunas notas esplicativas enriquecen el testo.

JANER.

Por todo lo no firmado, Carlos Bailly-Bailliere,  
—editor responsable y propietario.—

SUMARIO. *Preciosa*, por J. T. de Saint-Germain, pág. 273.—*El Angel malo*, por Juan de la Cruz Berrio, pág. 278.—*Viaje á Alemania*, pág. 280.—*Seccion religiosa*, pág. 282.—*Seccion científica*, pág. 283.—*El Jardinero de los salones*, por Isabeau, pág. 284.—*Crónica estranjera*, pág. 286.—*Crónica española*, pág. 287.—*Revista de teatros*, pág. 287.—*Bibliografía española*, pág. 288.—*Bibliografía estranjera*, pág. 288.

**Advertencia importante.**—La Administracion de este SEMANARIO tiene tomadas todas las medidas para que la reparticion de los números en Madrid y su remision á las Provincias se haga con la mayor puntualidad; así es que toda reclamacion que no se haga en Madrid hasta el lunes siguiente á la reparticion del número, y en Provincias á los ocho dias de su publicacion, no será atendida, y el suscriptor abonará por cada número 4 cuartos en Madrid y 6 en Provincias.

Otra.—Siendo propiedad de la empresa las materias contenidas en LA LECTURA PARA TODOS, se prohíbe su reproduccion en todo ó en parte.